

DOSSIER DE PRENSA

EXPOSICIÓN

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

El ocaso del imperio

Sala Municipal de Exposiciones del Teatro Calderón,
C/ Leopoldo Cano, s/n
Del 25 de junio al 21 de julio de 2013.



El Norte de Castilla



EXPOSICIÓN: **RYSZARD KAPUŚCIŃSKI**
El ocaso del imperio

INAUGURACIÓN: Día 25 de junio de 2013

LUGAR: Sala Municipal de Exposiciones
del Teatro Calderón
C/ Leopoldo Cano, s/n
VALLADOLID

FECHAS: Del 25 de junio al 21 de julio de 2013

HORARIO: De martes a sábados, de 12,00 a 14,00
horas y de 18,30 a 21,30 horas.
Domingos, de 12,00 a 14,00 horas.
Lunes y festivos, cerrado

INFORMACIÓN: Museos y Exposiciones
Fundación Municipal de Cultura
Ayuntamiento de Valladolid
Tfno.- 983-426246
Fax.- 983-426254
www.fmcva.org
Correo electrónico: exposiciones@fmcva.org

EXPOSICIÓN

COMISARIA
KAROLINA WOJCIECHOWSKA

COORDINADORA DE LA EXPOSICIÓN EN ESPAÑA
IZABELLA JAGIELLO
INSTITUTO POLACO DE CULTURA

COORDINACIÓN DE LA EXPOSICIÓN EN LA SALA
MUNICIPAL DE EXPOSICIONES DEL TEATRO CALDERÓN
JUAN GONZÁLEZ-POSADA M.

DOSSIER DE PRENSA
MUSEOS Y EXPOSICIONES.
FUNDACIÓN MUNICIPAL DE CULTURA.
AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID

AGRADECIMIENTOS
ALICJA KAPUŚCIŃSKA Y LA FUNDACIÓN RYSZARD KAPUŚCIŃSKI-HERODOT

“Cuando decidí dar la vuelta al país, la perestroika se encontraba en pleno auge, dando comienzo a la última etapa de la decadencia de la URSS”.

“Recorrí más de sesenta mil kilómetros, atravesando la Unión Soviética desde Brest a Magadán y desde el círculo polar hasta la frontera con Irán y Afganistán; visité todas y cada una de las repúblicas de la Unión. Viví inviernos muy crudos y veranos calurosos, condiciones en las que la mera supervivencia física representaba un problema. En algunas ocasiones estuve a punto de hundirme y retornaba a mi país, aunque luego volvía a reanudar el viaje”.

“Mi objetivo era observar ese imperio en fase de crisis y descomposición en su totalidad. El libro que me había propuesto exigía que me formase una idea lo más global posible; pretendía reflejar ese momento de crisis, pero no desde un único punto de vista, sino en toda su enorme dimensión geográfica y cultural”.

“Mi viaje por la ex Unión Soviética llevaba implícita, en cierta manera, una polémica con esta representación de la sociedad, superficial, politizada e inmediata. Quería demostrar que el mundo real, habitado por el noventa por ciento de los habitantes del imperio, es totalmente distinto: no se transforma tan deprisa, tiene sus constantes, entre las cuales destaca la profunda pobreza de la sociedad rusa”

“Mi viaje fue en realidad una persecución de la historia fugitiva”.

“Cada fotografía es un recuerdo, y a la vez no hay nada que nos haga más conscientes de la fragilidad del tiempo, de su naturaleza perecedera y efímera, que la fotografía”.

Ryszard Kapuściński

La Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Valladolid, el Instituto Polaco de Cultura, la Casa del Lector y el Norte de Castilla nos acercan a las fotografías de **Ryszard Kapuściński** con la exposición titulada "*El ocaso del Imperio*". Estas fotografías fueron encontradas hace unos años en el archivo privado del famoso reportero.

Datan del periodo 1989-1991, cuando el autor recorrió las repúblicas de la ex Unión Soviética.

Ryszard Kapuściński tenía el proyecto de organizar una exposición con las fotografías procedentes de aquellos viajes: selecciono personalmente las fotografías y los encuadres, y a continuación guardo los negativos en sobres marrones, donde permanecieron durante varios años. La primera vez que se expuso, en la Galería Nacional de Arte "Zachęta", en Varsovia, mostró las imágenes seleccionadas por la coordinadora del archivo fotográfico de Ryszard Kapuściński, Izabela Wojciechowska (1954-2010), quien incorporo a la selección inicial fotografías procedentes del viaje realizado por Kapuściński (1979), tras cuarenta años de ausencia, a su Pińsk natal.

Gracias a esta incorporación, el viaje fotográfico por aquellas regiones adquiere una dimensión personal. La exposición fue también el último evento gestado, con exquisito cuidado, por esta redactora jefe de la Agencia Fotográfica PAP, sin duda una de las mejores editoras gráficas del país.

El archivo fotográfico de Ryszard Kapuściński consta de casi diez mil imágenes, y posiblemente constituya una pequeña parte de su obra fotográfica: la que se ha salvado. Si bien en este archivo predominan las instantáneas de África, continente en el que se habían centrado las anteriores exposiciones, el carácter singular de "El ocaso del Imperio" se debe precisamente a su contenido. El paisaje y la temática de estas fotografías difiere de las presentadas en ocasiones anteriores: la única frontera geográfica que el autor cruzo en los viajes recogidos en esta exposición fue la del imperio vecino. Un mundo aparentemente mucho más cercano, pero no por ello menos extraño...

La exposición se ha presentado en el Castillo de Lublin, en la Universidad de Silesia y en el Museo Nacional en Wrocław, y viaja prácticamente por toda Polonia, exponiéndose en otras ciudades como Chełm, Pawłow, Siennica Różana, Konin, Supraśl, Łęborg o Płock.

La exposición que se presenta en Valladolid esta compuesta de 36 fotografías cuidadosamente seleccionadas. Las imágenes dan fe, tanto del talento de reportero gráfico, como de la calidad artística del autor. Hay entre ellas fotografías dedicadas al acontecimiento histórico que supuso el fallido "golpe de agosto", perpetrado en Moscú, así como diversas instantáneas del viaje que llevo al autor a través del Imperio ruso.

Los paisajes con casas y cementerios se complementan con retratos humanos.

Valladolid es segundo destino internacional de esta exposición.



EL OCASO DEL IMPERIO

Las fotografías de Ryszard Kapuściński que integran la exposición titulada "El ocaso del Imperio", fueron encontradas hace unos años en el archivo privado del famoso reportero. Datan del período 1989-1991, cuando el autor recorrió las repúblicas de la ex Unión Soviética. Ryszard Kapuściński tenía el proyecto de organizar una exposición con las fotografías procedentes de aquellos viajes: selección ó personalmente las fotografías y los encuadres, y a continuación guardó los negativos en sobres marrones, donde permanecieron durante varios años.

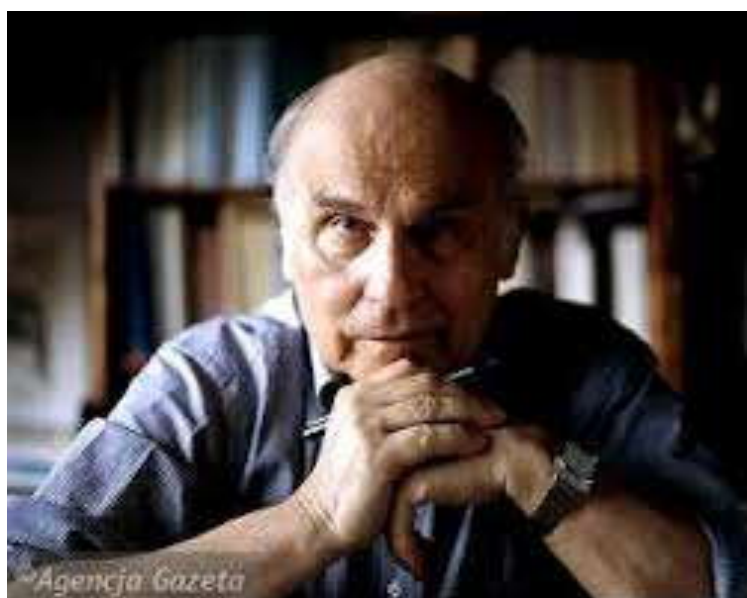
Su primera exposición, inaugurada el 17 de diciembre de 2010 en la Galería Nacional de Arte "Zachęta", en Varsovia, mostró 50 de entre los varios centenares de fotografías tomadas en la antigua URSS, en formato 100 x 70 cm. Las imágenes fueron seleccionadas por la coordinadora del archivo fotográfico de Ryszard Kapuściński, Izabela Wojciechowska (1954-2010), quien incorporó a la selección inicial fotografías procedentes del viaje realizado por Kapuściński(1979), tras cuarenta años de ausencia, a su Pińsk natal. Gracias a esta incorporación, el viaje fotográfico por aquellas regiones adquiere una dimensión personal. La exposición fue también el último evento gestado, con exquisito cuidado, por esta redactora jefe de la Agencia Fotográfica PAP, sin duda una de las mejores editoras gráficas del país.

El archivo fotográfico de Ryszard Kapuściński consta de casi diez mil imágenes, y posiblemente constituya una pequeña parte de su obra fotográfica: la que se ha salvado. Si bien en este archivo predominan las instantáneas de África, continente en el que se habían centrado las anteriores exposiciones, el carácter singular de "El ocaso del Imperio" se debe precisamente a su contenido. El paisaje y la temática de estas fotografías difiere de las presentadas en ocasiones anteriores: la única frontera geográfica que el autor cruzó en los viajes recogidos en esta exposición fue la del imperio vecino. Un mundo aparentemente mucho más cercano, pero no por ello menos extraño...

La exposición se ha presentado en el Castillo de Lublin, en la Universidad de Silesia y en el Museo Nacional en Wrocław, aunque una versión reducida de ésta viajó prácticamente por toda Polonia, exponiéndose en otras ciudades como Chełm, Pawłów, Siennica Różana, Konin, Supraśl, Łębork o Płock.

La exposición que se presenta en Valladolid es esta versión reducida, compuesta de 36 fotografías cuidadosamente seleccionadas de entre las 50 que forman la muestra original, expuesta en Varsovia. Las imágenes dan fe, tanto del talento de reportero gráfico, como de la calidad artística del autor. Hay entre ellas fotografías dedicadas al acontecimiento histórico que supuso el fallido "golpe de agosto", perpetrado en Moscú, así como diversas instantáneas del viaje que llevó al autor a través del Imperio ruso. Los paisajes con casas y cementerios se complementan con retratos humanos.

Valladolid es el segundo destino internacional de esta exposición.



**EL REPORTAJE Y
LA PERMANENCIA**
Conversación con
RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Wojciech Górecki: Hace tres años confesó a la revista "Bestseller": "La Unión Soviética siempre ha sido un gran tema de conversación; para nosotros, los polacos, tal vez uno de los principales. Para mí, Rusia constituye también un tema personal. Nací en Pińsk, en la región de Polesie y a principios de los años setenta viajé por toda Georgia, Armenia y Azerbaiyán, periplo que reflejé en el libro titulado *Kirgiz schodzi z konia* [*El kirguiso desmonta del caballo*]. A mediados de octubre de 1989 volví a hacer las maletas para regresar allí". Aquel viaje duró más de un año y fructificó con la publicación de *Imperio*. ¿Cuáles fueron sus motivos y cómo se gestó una empresa de tanta envergadura?

Ryszard Kapuściński: Cuando decidí dar la vuelta al país, la *perestroika* se encontraba en pleno auge, dando comienzo a la última etapa de la decadencia de la URSS. La revista *Inostrannaja Literatura* acababa de publicar *El Emperador*, de modo que contaba con fondos para el viaje. La preparación de mi gira por las diferentes repúblicas y provincias supuso una importante operación estratégica que consumió una cantidad ingente de mi tiempo, energía y fuerzas. Contaba además con el apoyo de todo un equipo de amigos que se encargaron de conseguir los billetes, los hoteles y las provisiones. Sin ellos, no habría logrado gran cosa: basta con decir que la organización de un viaje de estas características, en las condiciones de aquella época, podría dar para un libro aparte. Recorrí más de sesenta mil kilómetros, atravesando la Unión Soviética desde Brest a Magadán y desde el círculo polar hasta la frontera con Irán y Afganistán; visité todas y cada una de las repúblicas de la Unión. Viví inviernos muy crudos y veranos calurosos, condiciones en las que la mera supervivencia física representaba un problema. En algunas ocasiones estuve a punto de hundirme y retornaba a mi país, aunque luego volvía a reanudar el viaje.

Wojciech Górecki: Afirma que "hablar de Rusia resulta más fácil en la medida en que se atribuya a este término un sentido abstracto". ¿Cómo definiría Rusia desde la perspectiva de su viaje?

Ryszard Kapuściński: En el sentido histórico, Rusia constituye una formación muy particular, con numerosos elementos de indefinición. Podríamos decir que Rusia encarna la "indefinición" de Heisenberg. ¿Dónde están las fronteras de Rusia? ¡No se sabe! Conocemos las fronteras de la Federación Rusa, pero ésta comprende otros estados, además de Rusia. ¿Y quién es ruso? ¡Tampoco está claro! En la antigua URSS viven millones de personas que tienen serias dificultades para definir su nacionalidad pues tienen, pongamos, padre tártaro, madre rusa y abuela kazaja, con una tía uzbeca y un tío ucraniano.

Rusia ha sido potencia colonizadora, con la diferencia de que sus colonias no se encontraban en ultramar, sino que habían sido anexionadas al territorio ruso. Por otra parte, Rusia ha sido un país fuertemente colonizado, ya que en la época anterior a la Primera Guerra Mundial perteneció en gran parte al capital extranjero. Posteriormente, a pesar de desempeñar la función de "metrópoli", Rusia conservó la estructura propia de un territorio conquistado, exportando materias primas y desarrollando en muchos aspectos una dependencia de sus propias colonias-repúblicas.

Boris Yeltsin suele ser considerado el primer presidente de Rusia elegido democráticamente. No obstante, los periodistas rusos me hicieron ver que nunca fue elegido presidente de Rusia, sino de la Federación Rusa dentro del marco de la URSS. Por tanto, fue elegido presidente de una estructura inexistente, porque no existe ya la Federación Rusa dentro de la URSS, dado que la URSS ha desaparecido. De modo que, una vez más, estamos ante una indefinición.

Wojciech Górecki: En diversas entrevistas se le ha preguntado si el hecho de haber alcanzado una alta cotización en el mercado literario, haber ganado premios y haber sido traducido a otros idiomas no supone una carga a la hora de escribir nuevos libros. Usted ha

respondido que no, porque delante de una hoja de papel en blanco siempre se siente debutante. Sin embargo, yo quisiera preguntarle por otro tipo de cargas: ¿qué es lo que sentía mientras estaba describiendo un espacio de veintidós millones de kilómetros cuadrados, que estaba en el foco de atención de la opinión pública mundial?

Ryszard Kapuściński: Durante todo ese tiempo sabía que estaba tratando una materia realmente importante, midiéndome con un gran tema, y esta convicción me ayudaba a movilizar todas mis fuerzas. Según reza el refrán: preso por mil, preso por mil quinientos. Sabía que podría fracasar, este riesgo estaba implícito en mi intento, pero aun así, quería intentarlo. Salvo breves períodos en los que dudé de mi capacidad para escribir este libro, las dificultades con las que me encontré me animaron a recoger el guante.

Por otra parte, *Gazeta Wyborcza* me prestó un importante apoyo para que *Imperio* viera la luz. Tomek Burski me ofreció la publicación del libro por entregas en el periódico, siempre que pudiera garantizarles un fragmento semanalmente, para su edición de los sábados. En el momento de cerrar el trato no tenía ni una sola página escrita pero, consciente de que no podía fallar, sano o enfermo, escribí sistemáticamente.

De este modo, *Imperio* iba avanzando semana tras semana: todos los martes acudía a la redacción para entregar un nuevo capítulo. Me estimulaba recordar que había un espacio en blanco reservado para mi texto en *Gazeta Wyborcza*. Por otra parte, mi compromiso con el periódico me ayudó a declinar otras ofertas, que recibía continuamente de diversas fuentes. Las rechazaba con la conciencia tranquila: no tengo tiempo, estoy escribiendo.

Todos mis libros han sido escritos por entregas –así se gestaron *El Emperador*, *Sha: o la desmesura del poder* o *Un día más con vida*– ; es un sistema de trabajo que me agrada. En realidad podría calificarme a mí mismo como escritor por entregas o reportero por entregas.

Wojciech Górecki: ¿Cuáles fueron sus principales dificultades a la hora de escribir *El Imperio*?

Ryszard Kapuściński: La primera fue la enorme amplitud de la materia, difícil de abarcar. La segunda se debió a que ese coloso entró de repente en una brusca descomposición: las transformaciones estaban sucediéndose con gran rapidez. La tercera dificultad consistió en superar el estereotipo que nos hace contemplar la URSS o Rusia desde la perspectiva de Moscú.

Mi objetivo era observar ese imperio en fase de crisis y descomposición en su totalidad. El libro que me había propuesto exigía que me formase una idea lo más global posible; pretendía reflejar ese momento de crisis, pero no desde un único punto de vista, sino en toda su enorme dimensión geográfica y cultural.

Mientras escribía *Imperio* me preguntaba hasta qué punto son eficaces nuestras técnicas a la hora de reflejar ese violento torrente de historia que lo transforma todo a su paso. Y en qué medida nosotros mismos, inmersos en este torrente, somos capaces de abarcar todo su movimiento, de abordar un esfuerzo de síntesis.

Wojciech Górecki: ¿Cuál es su diagnóstico?

Ryszard Kapuściński: No tengo ninguno. No lo sé. En estos momentos ésta es precisamente mi gran pregunta, el gran problema que tengo por resolver. En la fase de creación del libro –además de resolver las dificultades habituales de la escritura, tales como la estructura o el idioma–tuve que bregar también con la historia en continuo movimiento, siempre huyendo y escapándose de mis manos. Mi viaje por la ex Unión Soviética fue en realidad una persecución de la historia fugitiva.

Wojciech Górecki: En el segundo tomo de *Lapidarium*, todavía inédito, escribió: "La oportunidad que se abre ante la literatura (en este reportaje) consiste en descender a las profundidades. El objetivo, la cámara y la imagen se han adueñando de la superficie.

Excavar, horadar, descubrir las sucesivas capas: es a lo que nos debemos dedicar. Sin embargo, no disponemos de tiempo suficiente, obligados a rastrear los acontecimientos, bordeando un volcán en erupción, por un camino de fuego". ¿Cómo se compagina el "rastreo de los acontecimientos" con el "descenso a las profundidades"?

Ryszard Kapuściński: Creo que deberían coexistir dos modalidades de reportaje. La primera, basada en una información actual, en las noticias diarias, tendría por objetivo describir la superficie de la historia que observamos con nuestros propios ojos. De este tipo de reportaje se continuarán nutriendo, en una medida mayoritaria, los medios de comunicación, dado que, desde la perspectiva de un lector medio, la realidad ambiente y el devenir de la historia se manifiestan a través de hechos aislados, que éste registra sin saber relacionarlos.

La segunda modalidad de reportaje debería generar una reflexión a partir de este torrente de hechos, descubrir una lógica en lo aparentemente ilógico y ciertos principios en lo que parece ser anarquía y caos.

En un sentido más amplio, el propósito de abarcar y ordenar la realidad circundante es una tarea de la mente, y ese reportaje más profundo y reflexivo nace precisamente de ese propósito. La práctica de una escritura de estas características nos permitiría ayudar al lector, al proponerle, por un lado, una explicación de los sucesos de la actualidad y, por otro, un pronóstico del futuro. La comprensión de la realidad nos proporciona una mayor seguridad, estabilidad psicológica y autoconfianza.

Creo que el problema se reduce en la práctica a la capacidad y el potencial de nuestra imaginación. No siempre nos damos cuenta de que la imaginación humana está en realidad sujeta a ciertas limitaciones históricas, y que cada época histórica lleva implícita una variedad determinada de imaginación. La imaginación de la Edad Media creó las catedrales, que hoy no podríamos concebir: nuestra imaginación actual no sería capaz de volver a inventar las catedrales de Rheims, Colonia o Milán.

Actualmente tenemos la sensación de inicio de una nueva época histórica y, sin embargo, nuestra imaginación se ha quedado atrás, porque, en tanto que producto de los siglos pasados, está acostumbrada a un mundo mucho más lento. Su configuración definitiva procede de mediados del siglo XX, una época de divisiones claras y de una realidad bipolar –con su Oriente y Occidente, su comunismo y democracia– que ya se ha extinguido. Hoy, todo se ha vuelto mucho más complejo e intrincado. Consecuentemente, nuestra imaginación no consigue aprehender este nuevo orden mundial, no logra domesticarlo, y esta situación nos genera la sensación de desconcierto y extravío en este mundo que nos rodea, en el que no sabemos movernos.

Por este motivo, creo que las personas que se proponen comprender este nuevo mundo, ahondar en él y describirlo, deben abordar un continuo esfuerzo de síntesis, una imparable búsqueda de nuevos sentidos y nuevos órdenes. *Imperio* representa precisamente un intento de cumplir con esta misión, que emprendí aceptando el riesgo de fracaso, de no estar a la altura del reto. La pregunta es si existe alguien que sí esté a su altura...

Wojciech Górecki: ¿En qué momentos ha acusado especialmente esta sensación de desconcierto?

Ryszard Kapuściński: La he acusado continuamente. Mientras escribía *Imperio*, no dejaba de sentir que el material se me estaba escapando. La literatura lo tiene más fácil para describir lo estable; de hecho, la gran literatura siempre se ha dedicado a la representación de las sociedades estables. Pongamos por ejemplo *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann: una casa, donde reinan unas costumbres determinadas y las relaciones entre los protagonistas son transparentes. Aquí no puede suceder nada extraordinario, no hay lugar para sorpresas. El autor se sienta a la mesa para reflejar paso a paso acerca de este mundo burgués, ordenado y jerárquico.

El que describe la contemporaneidad, por el contrario, parece que tuviera que tratar con un manicomio en el que los pacientes acaban de sublevarse, se ha declarado un incendio, el sótano se inunda y la

situación cambia por momentos. Por eso resulta tan difícil describir la actualidad, aunque, por otra parte, desde la perspectiva del autor implica también un mayor atractivo y un mayor reto. Por supuesto, podríamos definir el problema como imaginario, concluyendo que nuestra época no es distinta de las anteriores, que también vieron nacer y caer imperios; también podríamos abandonar la reflexión sobre este tema, dedicándonos a las facetas laterales de la realidad. Estoy convencido sin embargo, que un intento de captar el inicio de esta nueva etapa del desarrollo de la humanidad, de demostrar la existencia de tal fenómeno y de describirlo, constituye una tarea importante y fascinante, a la que vale la pena dedicarse. El problema es saber cómo.

Wojciech Górecki: Si –según afirma– nuestra imaginación no se adecua a la contemporaneidad, ¿tal vez tampoco se adecuan a ella nuestras formas de escritura? Puede que los hombres de letras contemporáneos no hayan construido todavía las herramientas apropiadas, y los esfuerzos por describir la nueva realidad con las viejas herramientas recuerden los intentos de observar un átomo a través de una lente de aumento.

Ryszard Kapuściński: ¡Exactamente! Esto es precisamente lo fascinante. Enfrentar este problema resulta muy tentador. Debemos buscar nuevas herramientas.

Wojciech Górecki: En mi opinión una de estas herramientas podría ser la “larga permanencia histórica”. El término fue sugerido por los historiadores franceses del grupo de los Annales, que rechazaban la “historia de los acontecimientos”, negando la división de la historia en política, social, económica o cultural. Según esta escuela, el pasado debe ser abordado de un modo global, a través del estudio de procesos históricos en largas secuencias temporales. En *Imperio* la historia se manifiesta con frecuencia: cada acontecimiento relatado hunde sus raíces en el pasado. ¿Ha recurrido conscientemente a la “larga permanencia histórica”?

Ryszard Kapuściński: Sí, lo he hecho conscientemente. Soy historiador de formación y tengo en muy alta consideración a la escuela francesa de los Annales. Admiro a Bloch, Braudel o Febvre y soy seguidor de su pensamiento, encaminado a construir, a partir de detalles, una imagen del todo y extraer de la historia aquellos elementos que permanecen invariables a lo largo de períodos prolongados. Procuré destilar estos elementos en la escritura de *Imperio*. No existe el comunismo, no está Gorbachov y puede que en breve tampoco esté Yeltsin, pero la viejita con la que me reúno en un rincón de Siberia, su casita de madera, la pobreza que reina allí y la mentalidad de esta mujer, sus esfuerzos por encontrar el orden interior, la paz y la fortaleza frente a las adversidades del destino, han existido siempre, existen ahora y creo que seguirán existiendo todavía mucho tiempo.

Sin embargo, los medios de comunicación han fomentado una visión del mundo predominantemente política, caótica y totalmente ajena al concepto de “larga permanencia”: indiferente a las instituciones sociales, actitudes, mentalidades y problemas de las personas corrientes. Éstas representan el noventa por ciento de cualquier sociedad pero, aun así, los medios han dejado de interesarse por ellas; ya no las describen ni les prestan atención.

Mi viaje por la ex Unión Soviética llevaba implícita, en cierta manera, una polémica con esta representación de la sociedad, superficial, politizada e inmediata. Quería demostrar que el mundo real, habitado por el noventa por ciento de los habitantes del imperio, es totalmente distinto: no se transforma tan deprisa, tiene sus constantes, entre las cuales destaca la profunda pobreza de la sociedad rusa. La ayuda ofrecida a Yeltsin por Occidente no cambiará nada, si acaso servirá para dilatar la supervivencia biológica de estas personas. La superación de la pobreza es un problema que únicamente puede ser resuelto en una secuencia temporal extensa, precisamente en la perspectiva de la “larga permanencia histórica”.

El haberme concentrado en estos problemas fue lo que me permitió escribir. Cuando visité Estados Unidos entre noviembre y diciembre

de 1991, en las secciones de novedades en las librerías se exponían más de diez títulos dedicados a la URSS, escritos por periodistas estadounidenses. Sus autores especulaban sobre el futuro de la Unión Soviética, sobre cómo resolvería Gorbachov el problema de las reformas y cuál sería su papel en la nueva URSS. Un mes más tarde no existía la URSS ni estaba Gorbachov en el poder y todos aquellos libros podían perfectamente destinarse a papel reciclado. En realidad, ya eran papel reciclado en el momento de su publicación. Este tipo de literatura está de antemano destinado al fracaso, ya que nace de la ignorancia del hecho de que limitándonos únicamente a los acontecimientos quedaremos inevitablemente a la zaga del proceso histórico.

Al describir la contemporaneidad, debemos por tanto ser conscientes de la imperfección de nuestras herramientas literarias, debemos preguntarnos continuamente cómo enriquecer nuestras técnicas para poder reflejar el sentido real del devenir histórico. Mientras trabajaba en *Imperio* sabía que tendría que enfrentarme a estos problemas. No se trataba sólo de escribir un libro, ni siquiera de escribir un libro que fuera mejor o peor. Era consciente de que la apuesta era mucho más ambiciosa y que abarcaba cuestiones tales como nuestro modo de pensar, los límites de nuestra imaginación, la tentativa de responder, aunque fuera aproximadamente, a la pregunta por las futuras vías de desarrollo del mundo.

Wojciech Górecki: Gran parte de su obra está dedicada a la temática internacional. Algunos de los lectores han interpretado sus anteriores títulos como una huida de los problemas de Polonia; otros, por el contrario, buscaron en estos libros, especialmente en *El Emperador y Sha: o la desmesura del poder*, alusiones a nuestro país. Colocando sus dudas en el contexto de la época en que fueron expresadas, volvamos a *Imperio*. El libro, muy franco, retrata a una potencia que desde hace varios siglos desempeña un papel clave en la historia de Polonia. ¿Qué quería comunicar con esta obra al lector polaco? ¿De qué pretendía convencerle? En otras palabras ¿cuál era la intención del autor?

Ryszard Kapuściński: Su pregunta alude a un propósito didáctico, que suelo evitar en mis libros. No los escribo con la idea de que cambien o arreglen nada; tan solo quisiera que amplíen el horizonte de mis lectores. Deseo que mis obras sirvan para reconocer la necesidad de salir de nuestro patio, porque el mundo no se reduce a este u otro pueblo polaco, ni siquiera a las fronteras nacionales, y todo lo que sucede en él afecta en cierto modo a nuestra existencia. El imperio, mientras era fuerte, pudo mantener sometido a nuestro estado, y ahora, cuando es débil, nos permite el desarrollo autónomo, la manifestación de nuestra independencia y la presencia internacional.

Por otra parte, la escritura representa para mí una vía de ampliar el campo de observación e interés de la literatura polaca. Es una literatura dedicada casi exclusivamente a los problemas polacos y al seguimiento de las vicisitudes del país, que en muy pocas ocasiones aborda otras civilizaciones, culturas e ideologías o trata de interpretar el mundo para el lector polaco. Los escritores polacos – como Melchior Wańkowicz o Ksawery Pruszyński – incluso escribiendo sobre otros países, no han dejado de concentrarse en el destino de los polacos en el extranjero.

A través de las traducciones de los libros sobre África escritos por autores ingleses, podemos conocer la visión que los viajeros de esta nacionalidad tenían del continente. Yo quería escribir un libro sobre África desde la perspectiva de un viajero polaco, a través de la experiencia y la sensibilidad polacas y destinado al lector polaco. Lo mismo me ocurre con Rusia.

Wojciech Górecki: Rusia es un estado que los polacos difícilmente pueden contemplar sin perjuicios. Ningún otro país, salvo los anexionados a Rusia por la fuerza, ha sufrido por su culpa tanto como Polonia. Durante la promoción de su libro un hombre relató con lágrimas en los ojos su confinamiento en el gulag de Kolyma. Y sin embargo, en *Imperio* no hay ni una sola referencia a Katýń o al

proceso de los dieciséis, nada de la acostumbrada letanía de las injusticias sufridas por nuestro país...

Ryszard Kapuściński: A ojos de los rusos, la imagen de Polonia tampoco resulta alentadora. En un estudio dedicado a personajes polacos en la literatura rusa, Maria Dąbrowska revela que en sus novelas y obras dramáticas, los polacos son, casi siempre, unas criaturas despreciables y viles. Espero que mis lectores tengan la capacidad y el deseo de situarse por encima de los perjuicios y los estereotipos, y estén dispuestos a contemplar Rusia libres de este bagaje.

Apoyo la escritura que pretende acercar en lugar de separar y que ayuda a comprender, en vez de alentar enfrentamientos. Procuro, muy conscientemente, que mis libros ofrezcan una especie de interpretación, traducción de una cultura a otra, de una razón a otra, de un modo de pensar a otro. En el mundo de hoy podemos lanzar una larga lista de reproches y acusaciones, frecuentemente lícitos, prácticamente contra cualquiera. Es muy fácil, y más fácil aún tratándose de Rusia. Sin embargo, la vía de reprocharse mutuamente el pasado, al estilo de "porque ellos nos hicieron esto y nosotros lo otro", implica adentrarse en un callejón sin salida, reanudar el camino de las injusticias, el dolor y las pérdidas humanas.

Imperio debe servir para comprender Rusia. Es un propósito idealista, pero nos hace falta el idealismo. Simplemente, alguien tenía que intentar una escritura distinta.

Wojciech Górecki: En *La guerra del fútbol* describe un altercado que tuvo con un camarada del Ministerio de Exteriores. Cuando éste le acusó de haber escrito disparates, le sugirió que viajara al Congo y viera por sí mismo cómo estaban allí las cosas. Es un buen argumento en defensa de los reportajes sobre países exóticos, raramente visitados, que, sin embargo, no puede ser invocado en relación con Rusia: no solamente es un país visitado por multitudes de polacos, sino que está presente prácticamente en cualquier telediario...

Ryszard Kapuściński: Creo que precisamente por este motivo mi actitud personal hacia el tema es especialmente importante. Rusia es uno de los temas que suscita grandes controversias. Unos exclaman: "¡Ay, qué maravilla!"; otros: "¡Qué horror!". Todo el mundo tiene su propia opinión y experiencias, y el único modo de no acabar envuelto en este cúmulo de opiniones contradictorias es adoptando la siguiente postura: "Quiero contaros lo que yo mismo he presenciado. Viajé hasta allí y me esforcé precisamente para que mi escritura fuera auténtica".

Según la afirmación inicial, *Imperio* es un relato de viaje personal. Con mi visión de Rusia no pretendo imponer ningún tipo de exclusividad ni monopolio. Otras personas podrían tener un punto de vista diferente, y esto está bien, porque permitirá al lector construirse una imagen más expresiva y rica de Rusia y apreciarla desde diferentes perspectivas, como si fuera una imagen cubista.

Wojciech Górecki: Si *Imperio* representa la Rusia vista por Kapuściński ¿a qué sirven tantas citas? Hay capítulos en que la mitad del texto corresponde a citas...

Ryszard Kapuściński: Soy un gran partidario de las citas y considero digna de atención la idea de Walter Benjamin, según la cual un libro compuesto enteramente de citas sería la obra más perfecta. Al ahondar en cualquier área de conocimiento nos damos cuenta de que se le han dedicado ya multitud de libros, y que en cada uno hay al menos una idea fascinante. El lector medio no va a rastrear estas ideas, porque no podrá leer todos esos libros, pero creo que las personas que cultivan determinadas disciplinas del saber tienen la obligación de buscar esas perlas perdidas entre la inmensidad de páginas impresas y sacarlas a la luz para que revivan y brillen con luz propia.

Resulta difícil exigirle a un lector medio, que simplemente quiere aprender algo sobre Rusia, que lea la obra completa de Herzen. En cambio, el que escribe sobre Rusia, además de haber leído sus obras,

debe también ser capaz de extraer de ellas algunas de las más acertadas, profundas y sabias observaciones de este gran autor ruso. Yo me encontré en la obra de Herzen con una descripción de sus esfuerzos por conseguir el pasaporte. No la he incluido en el libro, pero la descripción sin duda merece atención, porque podría fácilmente referirse a la situación actual. La multitud de papeles que Herzen se vio obligado a reunir, las recomendaciones que se tuvo que procurar, los sobornos, todo ello sigue igual en la actualidad. Dicho sea de paso, que las burocracias rusa y soviética son un elemento más de la "larga permanencia histórica".

Al citar las observaciones importantes y fascinantes de otro autor, además de enriquecer el texto, lo dotamos de un mayor relieve. Las citas convierten nuestro libro en una especie de obra colectiva.

Wojciech Górecki: Al entrevistarle para *Gazeta Wyborcza*, Włodzimierz Kalicki comentó haber echado en falta en *Imperio* una descripción de la aldea rusa; yo, en cambio, hubiera apreciado algún chiste típicamente ruso, de los que reflejan tan acertadamente la mentalidad de este pueblo...

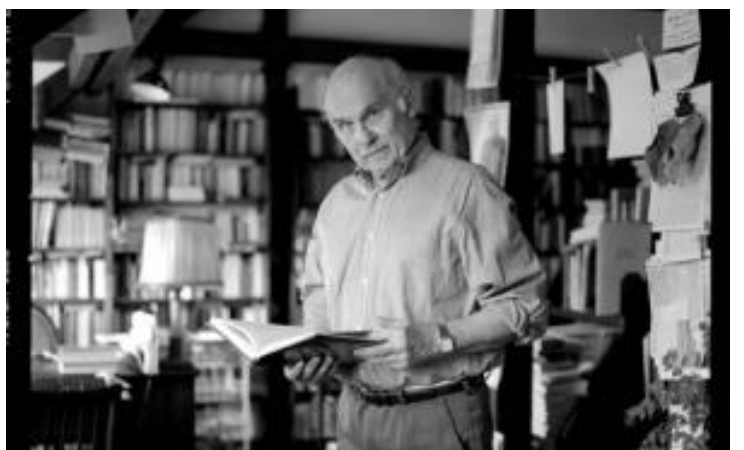
Ryszard Kapuściński: Acepto todas las observaciones de este tipo, ya que desde el principio fui consciente de lo imperfecto e incompleto que es mi libro. Aun así, *Imperio* es la obra más voluminosa que he escrito, si bien mi ideal literario tiende al resumen, la austeridad, el síntesis y el aforismo.

Si hubiera dispuesto de más tiempo, seguramente habría completado el texto de *Imperio*, incluyendo las observaciones de un viaje posterior y del próximo, que estoy a punto de iniciar. Sin embargo, había que cortar en algún momento, de modo que entregué el texto a la imprenta tal como estaba. Hoy en día, un libro sobre la actualidad no puede ser sino un texto abierto, el primer tomo de un ciclo todavía por escribir. La historia se encargará de añadir los siguientes, tal vez obra de otros autores. Debemos aceptar el hecho de que los libros que publicamos están inacabados.

Consecuentemente, es probable que considere las observaciones críticas sobre *Imperio* al escribir el segundo tomo...

Wojciech Górecki (1970), historiador, periodista, reportero y analista, experto en el Cáucaso septentrional y meridional. En 2009 publicó, en la editorial Bollati Boringhieri, el libro titulado *La terra del vello d'oro. Viaggi in Georgia*. En 2010 la editorial Czarne editó sus títulos *Toast za przodków [Un brindis por los antepasados]* y *Planeta Kaukaz [Planeta Cáucaso]* (ed. 2.^a completada). En 2013 saldrá al mercado su *Abchazja [Abjasia]*, que cierra la trilogía caucásica de Górecki. En el período 2002-2007 desempeñó el cargo de primer secretario y, posteriormente, consejero de la Embajada de Polonia en Bakú. Experto de la misión de la UE dedicada a la investigación de la guerra en Georgia de 2008.

Entrevista publicada en el nº 7-8/1993 de Res Publica Nowa (págs. 55-59)



RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Ryszard Kapuściński (1932-2007) escritor, poeta y fotógrafo. Una de las más destacadas personalidades –a la vez que autoridades de la segunda mitad del siglo XX, ha recogido un gran respeto y admiración no solamente en Polonia, sino también en España, Iberoamérica, Suecia o Italia. Ejerció durante muchos años funciones de corresponsal de la Agencia de Prensa Polaca PAP en diversos lugares de África, Asia y Latinoamérica. La mitad de su vida la dedicó a hacer viajes como reportero en los que visitó más de cien países, resumidos en su último gran libro titulado *Viajes con Herodoto*.

Maestro de periodistas de todo el mundo, elevó el reportaje a la categoría de arte. El escritor británico John le Carré se refirió a él como “mago del reportaje”. En el prólogo a la edición británica de *Un día más con vida*, dedicado a la guerra civil de Angola, Salman Rushdie escribió: “Un Kapuściński vale más que mil chupatintas con sus gimoteos y fantasías”.

Fue testigo presencial de la mayoría de los grandes conflictos del siglo pasado. En *El Emperador* describió la Etiopía de Haile Selassie; en *El Sha o la desmesura del poder*, el Irán de la revolución de los ayatolas; dedicó *Imperio* a la descomposición de la Unión Soviética, y *Ébano* la descolonización de África. Siempre del lado de los débiles, de los pobres y de los humillados, había hecho del Tercer Mundo su segundo hogar.

Es también uno de los escritores polacos más traducidos: sus libros –que se han publicado en 36 idiomas (incluido el catalán)– revelan la riqueza y la complejidad de las culturas y muestran sus valores transnacionales y su dimensión atemporal. Escritores de la talla de John Updike, Susan Sontag o Norman Mailer dedicaron numerosos elogios a la obra de Kapuściński.

Fue galardonado con diversos premios nacionales e internacionales, entre los cuales destacan: el Premio “Ksawery Pruszyński” (otorgado por el PEN Club Polaco en 1990); el Premio de los Editores y Libreros Alemanes (Leipzig, 1994); el Premio al Mejor Periodista Polaco del Siglo (1999); Prix Tropiques (París, 2002); el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (Oviedo, 2003); Bruno Kreisky (Viena, 2004); Premio Napoli (2005) y Premio Alpi (Roma, 2006).

Fue investido doctor honoris causa por siete universidades: La Universidad de Silesia (1997), de Wrocław (2001), Sofía (2002), Gdańsk (2004), la Universidad Jaguella de Cracovia (2004), Ramón Llull de Barcelona (2005) y Udine (2006).

Obra literaria

▪ *Ébano*

Es una colección de historias cortas que retratan África a través de sus guerras civiles y un continente que poco a poco iba ganando independencia y política, con todas sus dolencias y cicatrices de enfermedad y pobreza.

▪ *El Emperador*

Sobre el emperador Haile Selassie, de Etiopía.

▪ *El Sha*

Acerca de la época del Shah Mohamed Reza Pahlevi de Irán.

▪ *Cristo con un fusil al hombro*

▪ *El Imperio*

Registro testimonial acerca de los viajes y contactos del autor con la ex-URSS, desde pequeño cuando los soviéticos invaden su natal Polonia, hasta adulto, cuando recorre sus diferentes repúblicas.

▪ *Lapidarium IV*

Fragmentos de reportajes y pensamientos.

▪ *La guerra del fútbol*

En que habla sobre diversos conflictos africanos y latinoamericanos. El reportaje que da título al libro narra la guerra entre Honduras y El Salvador, cuyo detonante fue un partido de fútbol entre las selecciones de ambos países valedero para el mundial de México en 1970.

▪ *Los cínicos no sirven para este oficio*

Basado en entrevistas y conversaciones moderadas por Maria Nadotti.

▪ *Un día más con vida*

Donde narra la descolonización portuguesa de Angola en 1975 y sus consecuencias: una guerra civil que asoló la región hasta hace muy poco.

▪ *Los cinco sentidos del periodista*

Que recoge principios básicos de periodismo, con base en los talleres que impartió en la .

- *El mundo de hoy*

En el que el autor reflexiona sobre los últimos acontecimientos tales como el 11-S o el 11-M, más una especie de autobiografía acerca de lo mucho que ha vivido y sus reflexiones para comprender el mundo en el que vivimos.

- *Viajes con Heródoto*

Establece un paralelismo entre sus viajes como reportero internacional con la obra *Historia*, del griego Heródoto.

Citas

- "Ahora se suele criticar a la televisión por transmitir tanta violencia, cuando más cruel ha sido la Biblia: en sus páginas se come a niños, se llama a matar a los enemigos, se queman casas, se sacan los ojos a los hombres. Los dueños de la televisión moderna no han inventado nada nuevo."
- "Antes, los periodistas eran un grupo muy reducido, se les valoraba. Ahora el mundo de los medios de comunicación ha cambiado radicalmente. La revolución tecnológica ha creado una nueva clase de periodista. En Estados Unidos, les llaman *media worker*. Los periodistas al estilo clásico son ahora una minoría. La mayoría no sabe ni escribir, en sentido profesional, claro. Este tipo de periodistas no tiene problemas éticos ni profesionales, ya no se hace preguntas. Antes, ser periodista era una manera de vivir, una profesión para toda la vida, una razón para vivir, una identidad. Ahora la mayoría de estos *media workers* cambian constantemente de trabajo; durante un tiempo hacen de periodistas, luego trabajan en otro oficio, luego en una emisora de radio... No se identifican con su profesión."
- "Confucio ha dicho que como mejor se conoce el mundo es sin salir de casa. Y no le falta razón. No es imprescindible desplazarse en el espacio; también se puede viajar hacia el fondo del alma."
- "La ideología del siglo XXI debe ser el humanismo global, pero tiene dos peligrosos enemigos: el nacionalismo y el fundamentalismo religioso."
- "El nacionalismo es algo intrínsecamente malo por dos motivos. Primero por creer que unas personas son, por su pertenencia a un grupo, mejores que otras. Segundo, porque cuando el problema es el otro, la solución implícita de este problema siempre será el otro."
- "El trabajo de los periodistas no consiste en pisar las cucarachas, sino en prender la luz, para que la gente vea cómo las cucarachas corren a ocultarse."
- "En el Tercer Mundo, hay que tener una de estas dos cosas, o tiempo, o dinero. Es un principio férreo del oficio de reportero."
- "La mejor forma de conocer el mundo es hacer amistad con el mundo. Existe una conexión entre nuestro destino personal y la presencia de miles de personas y cosas de cuya existencia no sabíamos o no sabemos nada y que pueden influir, de hecho influyen, del modo más asombroso, en nuestra vida y su desarrollo, de tal forma que, al menos por nuestro propio interés deberíamos esforzarnos en conocer no sólo lo que está aquí sino también lo que está allá, en algún lugar a gran distancia en nuestro planeta."
- "Si entre las muchas verdades eliges una sola y la persigues ciegamente, ella se convertirá en falsedad, y tú en un fanático."
- "Siempre ha sido el arte el que, con gran anticipación y claridad, ha indicado qué rumbo estaba tomando el mundo y las grandes transformaciones que se preparan."
- "Cuando se descubrió que la información era un negocio, la verdad dejó de ser importante."
- "Para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias."
- "Un pueblo desprovisto de Estado busca salvación en los símbolos."
- *Fuente: (El Imperio)*
- "En América Latina, decía, la frontera entre el fútbol y la política es tan tenue que casi resulta impercible."



CRONICA DE LAS FOTOGRAFIAS

"El ocaso del Imperio" es una crónica visual realizada por Kapuscinski sobre un capítulo de la historia reciente de Rusia. La convulsa realidad social y política que vivieron millones de ciudadanos soviéticos entre 1989 y 1991, fue narrada en imágenes por uno de los reporteros que renovó el oficio del periodismo. En su todavía bastante desconocida actividad como fotógrafo, que ahora conoceremos mejor gracias a esta exposición, el espectador encontrará el *leitmotiv* que dominó su trabajo: comprender al otro para contarlo.

La treintena de fotografías que integran la exposición "El ocaso del Imperio" fueron encontradas hace unos años en el archivo personal del reportero polaco Ryszard Kapuscinski (1932-2007). Las tomó durante un viaje que realizó entre 1989 y 1991, en el que recorrió 15 repúblicas de la desaparecida Unión Soviética.

"Recorrí más de 60.000 kilómetros atravesando la URSS, desde Brest (Bielorrusia) a Magadán (Rusia). Visité todas las repúblicas de la URSS. Viví inviernos muy crudos y veranos muy calurosos, condiciones en las que la mera supervivencia representaba un problema", narra en uno de los textos explicativos incluidos en la exposición.

Su viaje se produjo en una época que fue transcendental en la historia de Rusia. Cuando el Imperio, en la era Gorbachov, presentaba síntomas de agotamiento y derrumbe. La difícil situación desencadenó el fallido intento golpista de los contrarreformistas y la retención del presidente.

Kapuscinski escribió sobre aquellos años, y también tomó fotografías de las manifestaciones que se celebraron en Moscú y en el resto del país, donde miles de soviéticos mostraron su oposición al golpe.

Kapuscinski, cronista de revoluciones, revueltas y conflictos en todo el mundo, e incansable viajero, cruzó las estepas siberianas, visitó los cementerios y los campos de concentración de Stalin, acudió a las manifestaciones y habló con cientos de personas anónimas sobre la realidad que estaban viviendo. Aquellas experiencias las recogió en un libro que tituló "El Imperio".

Paralelamente a su trabajo periodístico en la URSS, Kapuscinski realizó un viaje sentimental, valiéndose de su cámara hizo fotografías a lo largo y ancho de un país que no le era del todo extraño, pues había nacido en Pinsk (actual Bielorrusia), y su primer contacto con la URSS se produjo a los siete años, cuando el Ejército Rojo rebasaba el flanco oriental de Polonia en septiembre de 1939.

"La fotografía es, por naturaleza, sentimental, porque con cada toma captamos un breve instante de la realidad, apenas una fracción de segundo".

Kapuscinski siempre quiso mantener distancias entre su actividad fotográfica y su trabajo periodístico. "Como reportero y como fotógrafo veo el mundo de dos maneras diferentes, busco otras cosas, me concentro en otros aspectos de la realidad".

La fotografía surgió en su vida de manera casual. El *Sztandar Młodych*, periódico en el que comenzó a trabajar, lo enviaba a India. Fue la primera vez que cruzaría una frontera, después, a lo largo de 30 años cruzaría las fronteras de cien países. Pero fue con motivo de aquel viaje a India cuando, con dinero prestado, se compró una Zorki, una cámara fotográfica de fabricación rusa, copia de la Leica alemana.

A partir de aquel momento, Kapuscinski cargaría una cámara en todos sus viajes. Y al igual que le ocurrió con la escritura, la imagen fue su otro modo de contar. Con sus instantáneas también diseccionó la realidad social a su manera. Con el objetivo de su cámara se encontró de frente con el otro. Retrató la mirada de los ciudadanos anónimos, los que a fin de cuentas padecen y escriben la Historia.

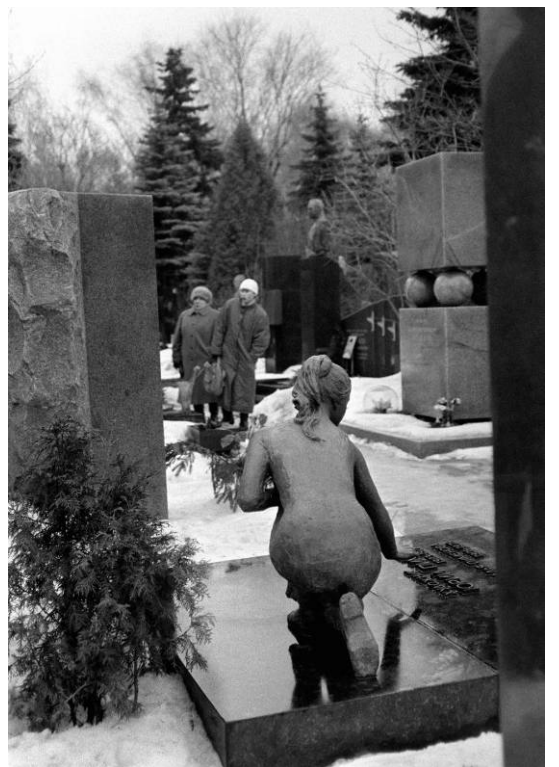
Los negativos de esta colección de fotografías, seleccionados por el propio Kapuscinski, quien siempre albergó la intención de organizar una exposición, se pasaron varios años guardados en sobres marrones. Fueron encontrados después de su muerte y las imágenes se exhibieron en 2010 por primera vez, en la Galería Nacional de Arte "Zachęta", en Varsovia.

Ahora esta exposición internacional organizada por el Instituto Polaco de Cultura y Casa del Lector hace su primera parada en España.

Estas 36 fotografías son reflejo de la personalidad de su autor. El espectador verá casas, símbolos antiguos, visitas de ciudadanos a distintos cementerios y manifestaciones políticas y religiosas pero, por encima de todo, se encontrará con rostros, de hombres y mujeres, cuyas miradas en blanco y negro narran una historia íntima en instantáneas que, Kapuscinski supo condensar a través del objetivo.

Las fotografías se alternan con textos del escritor en los que reflexiona sobre la fotografía y su relación con la realidad, además de otros pensamientos.

Un reencuentro fugaz, "apenas una fracción de segundo", es más que suficiente para que el que mira estas imágenes sea consciente de la naturaleza efímera de la vida; y al mismo tiempo, se convierta en partícipe de un capítulo de la Historia de Rusia que, afortunadamente, Ryszard Kapuscinski rescató para nuestra memoria.



**FOTOGRAFÍAS EN LA
EXPOSICIÓN**

Moscú, 25.08.1991.

Manifestación tras el "golpe de agosto", fallido golpe de estado de Yanáev. Los manifestantes portaron la bandera tricolor rusa más larga de la historia.

Moscú, 1991.

Manifestación tras el "golpe de agosto", fallido golpe de estado de Yanáev.

Moscú, 1990.

Participante en una manifestación de la oposición democrática.

Moscú, Bulevar Zubovski, 1990.

Una de las mayores manifestaciones de la oposición democrática, con casi 300.000 participantes.

San Petersburgo, 1990/91.

Manifestación delante del Palacio de Invierno.

Moscú, invierno de 1990.

Manifestación de la oposición encabezada por la Unión Electoral.

Bielorrusia, Pinsk

Moscú San Petersburgo, 1991.

Antiguo emplazamiento del monumento a Mijail Kalinin.

Moscú.

Manifestación tras el fallido golpe de estado de Yanáev en 1991.

Bielorrusia, 1979. Carretera hacia Pinsk.

Moscú, 1990. Cementerio Novodevichy.

Moscú, 1990/9. Monumento a Gagarin.

Azerbaiyán, 1990

Sin título

Azerbaiyán, 1990

Azerbaiyán, 1990

Tbilisi, 1989.

Tumba de Merab Kostava.

Azerbaiyán, 1990.

Un cementerio musulmán.

El Cáucaso meridional, 1990

Moscú, 25.08.1991.
De camino a la manifestación, portando retratos de IliáKrichevski.

Moscú, 25.08.1991.
Manifestación tras el fracasado golpe de estado de Yanáev.

Moscú, 25.08.1991.
De camino a la manifestación, con un retrato de IliáKrichevski.

sin título, 1990/91

Moscú, 1990/91. Manifestación junto al ParqueGorki

Moscú, 1990/91.
En la pancarta de la Unión Democrática("Por una Rusia democrática") aparece ya el águila bicéfala, si bien todavía no están presentes los símbolos del imperio, que harían su aparición posteriormente.

Moscú, 1991.
"Solzhenitsyn presidente". En el invierno de 1990/91 los rusos estaban esperando todavía el regreso deSolzhenitsyn. Volvió demasiado tarde, en mayo de 1994, cuando todo había terminado.

Moscú,1990.
Manifestación en el Bulevar Zubovski. "Comunismo para los comunistas, vida para la nación".

Moscú, 1990/91.
En una manifestación, una mujer protesta contra el maltrato de los soldados en el ejército ruso: "Mataron a mi hijo en el ejército". Madre de un soldado que murió mientras cumplía el servicio militar. La experiencia chechena estimuló el nacimiento del movimiento social pacifista de las Madres de los Soldados.

Moscú, 1990/91

Ucrania, 1991.
Las inscripciones en el monumento rezan: "Fin del leninismo" y "¿Dónde están nuestras viviendas, hospitales y escuelas?".

Nagorno Karabaj, 1990. Un cementerio cristiano.

sin título

Moscú, 1991. Cementerio Novodevichy.

Moscú, 1990/91

Moscú, 1991.
El Paseo de los Caudillos en el cementerio Novodevichy.

Retrato de Kapuściński



**LA AVENTURA DE LA
FOTOGRAFIA**
Por RYSZARD KAPUSCINSKI

Las fotografías reunidas en este volumen proceden de mis viajes por África, dónde trabajé a lo largo de varios años como corresponsal y reportero. Solía llevar a todas partes una cámara fotográfica, aunque no siempre pude o tuve tiempo de utilizarla. Aun así, realicé varios miles de fotografías, muchas de las cuales se deterioraron por las difíciles condiciones tropicales o bien me fueron arrebatadas en las incontables fronteras y frentes de aquellas guerras sin fin. Cuando sucedía, me desesperaba y me alegraba a partes iguales: por un lado perdía el fruto de mi labor fotográfica, pero, por otro, estaba feliz de salir con vida. Finalmente, y a pesar de las numerosas pérdidas, me quedó un nutrido archivo, parte del cual se puede apreciar en las imágenes reunidas en este tomo.

Todo empezó hace mucho tiempo, cuando descubrí que, para mi desgracia, no poseía aptitud alguna para el dibujo. Me di cuenta de ello en el colegio, con la ocasión de mi primer suspenso en manualidades. Mis compañeros de clase pintaban unos bellos pájaros, nubes y estrellas y yo ¡nada! Mis casas no parecían casas, mis árboles no eran árboles ni mis soles recordaban el sol. Recuerdo llorar con impotencia encima del dibujo que el maestro depositó disgustado sobre mi pupitre, observando cómo mis lágrimas convertían aquella acuarela torpe en un conjunto de grandes manchas de color.

Pensé entonces que había cosas extraordinarias sucediendo a mi alrededor—cosas que aparecen para irse enseguida, tras breves instantes de existencia—sin que yo fuera capaz de retenerlas o registrarlas. Veía el bosque, los campos de cereales, las flores y, sobre todo, los rostros de mis padres, de mis compañeros, primos o vecinos, soñando con poder dibujarlos un día y de este modo preservarlos por toda la eternidad. El mundo pasaba por delante de mis ojos para hundirse a continuación detrás de un horizonte invisible, dejando en mi memoria una leve huella, que no tardaría en difuminarse y desaparecer.

Aquello sucedió durante la segunda guerra mundial, en una aldea pobre de la periferia de Varsovia. No sabía entonces que mi falta de talento tenía un remedio, que uno no podía rendirse tan fácilmente sin antes buscar una solución. Opté por dedicarme a otras cosas hasta que, varios años más tarde y terminados mis estudios universitarios, cuando trabajaba como reportero en el periódico juvenil *Sztandar Młodych*, se me comunicó que sería enviado a la India (porque fue en la India donde me inicié en el Tercer Mundo). En aquella época el puesto de reportero gráfico en nuestro periódico lo cubría un colega algo mayor que yo, Janusz Zarzycki, que había trabajado como periodista antes de la guerra. Al cruzarse conmigo en un pasillo, Zarzycki me dijo:

—Te vas a la India, ¡toma fotos sin falta!

Excitado por la perspectiva del viaje, no había recapacitado sobre ello. Además, no sabía hacer fotos ni tenía cámara. En aquella época, una cámara fotográfica era un objeto inalcanzable.

Corría el año 1956 y la ciudad de Varsovia contaba, según recuerdo, con una sola tienda de equipos fotográficos, situada en la calle Nowy Świat, cerca de Aleje Jerozolimskie. Pequeña y estrecha, solía estar desierta: la mercancía escaseaba y la gente no tenía dinero. Además, quien fotografiaba atraía sobre sí la atención de la policía. ¿Qué es lo que fotografía? ¿Por qué? ¿Para quién? Era mejor no complicarse la vida. Pero un día Zarzycki me prestó dinero y me acompañó a aquella tienda para comprar una pequeña cámara “Zorki”, una copia rusa de la “Leica” alemana. Después fuimos al parque de Łazienki, donde asistí a mi primera clase de fotografía. Zarzycki me explicó las funciones del diafragma y del obturador y la correlación existente entre éstos y la sensibilidad de la película. Me aclaró el uso de los filtros amarillo y verde, cuál es la mejor luz de día, qué son la profundidad de campo y la apertura del objetivo o cómo fotografiar el agua, las montañas o la nieve. Me enseñó otras muchísimas cosas, a lo largo de las numerosas clases que siguieron. Aun así, mis primeras películas tuve que tirarlas: las imágenes estaban movidas, porque me temblaban las manos por la emoción, sin que lograra controlarlo. En aquellos tiempos cada rollo de película valía su peso en oro, ya que el acceso a este bien escaso era limitado y estrictamente controlado, de modo que Zarzycki se ponía nervioso: ¿cómo justificaría estas pérdidas?

Siguiendo las instrucciones de Zarzycki comencé por fotografiar un árbol (un viejo roble), después una mata de arbustos que había junto a éste y, finalmente, una alta valla metálica. Pero este fue solo el principio. Según los preceptos de la escuela de reportaje fotográfico en que se había formado mi mentor, una fotografía tiene que representar a un ser humano, ya sea un retrato, una silueta o un movimiento. Podía tratarse de un hombre solo, un grupo de personas, una multitud o una escena. Zarzycki toleraba los paisajes, si bien no los consideraba un ideal; para él, fotografiar implicaba encontrarse cara a cara con otro ser humano y creía que el único modo de salir ganando de este encuentro –que a la vez constituía un duelo–, era salir con una fotografía bien hecha. Más tarde supe que mi profesor tenía razón sólo parcialmente. La mitad de las maravillosas fotografías realizadas por los maestros de la talla de Mario Giacomelli o Werner Bischoff no son retratos ni escenas costumbristas, sino naturalezas muertas y paisajes.

Después de varias clases, Zarzycki me llevó al estadio del Legia, el principal equipo varsoviano de fútbol, donde fotografiaría los rostros de los hinchas, llenos de excitación o éxtasis, admiración o ira, fascinación o aburrimiento, alegría o furia. No disponía de teleobjetivo ni de zoom y, con la distancia que nos separaba del público –los dos nos encontrábamos de pie en la pista del estadio–, no podía ni soñar con obtener un retrato nítido. Sin embargo, al dirigir mi objetivo hacia las caras de la gente, noté la mirada sorprendida de las “víctimas”, desconfiadas y preocupadas, como si se preguntaran: ¿qué es lo que éste (léase, el fotógrafo) va a hacer conmigo (es decir, con mi retrato fotográfico)? El objetivo dirigido hacia un rostro y la reacción de la persona que se ve fotografiada por sorpresa, me hicieron darme cuenta de que en realidad nos creemos transparentes, descubiertos y desnudos, y que todo nuestro interior, el alma entera, se refleja en nuestros rostros y ojos. Al vernos sorprendidos por alguien fotografiándonos sin que hayamos tenido tiempo de prepararnos, protegernos, ponernos una máscara y posar, nos sentimos como si el fotógrafo nos pillara con las manos en la masa.

Volví de la India vía Pakistán y Afganistán. En el aeropuerto de Kabul me quitaron los negativos sin revelar. Detrás del barracón que albergaba las oficinas del aeropuerto había gente calentándose junto a una hoguera. El soldado sacó las películas de mi bolsa y las tiró al fuego. Se salvaron solamente dos rollos, que llevaba ocultos en un bolsillo de la chaqueta.

En aquella época no existía todavía el sistema de autofocus, ni siquiera contaba con un fotómetro y, al haber seguido al pie de la letra las instrucciones de Zarzycki (“pon siempre 8 por 125”), las fotografías, tomadas con el sol radiante de la India, resultaron todas sobreexpuestas. Únicamente salió bien una imagen, en la que unos niños hambrientos sacaban apresuradamente del barro unos granos de arroz. Tomé aquella fotografía cerca de Calcuta, en la provincia de Bengala, que asolada por lluvias torrenciales, sufría los efectos de una terrible hambruna. La situación representada en la imagen era trágica, pero al tomar la fotografía en la mano sentí una gran alegría. ¡Sí! He conseguido crear una imagen, retener por una fracción de segundo la eterna carrera de la vida y mostrar su imagen a los demás. Gracias a esta fotografía había surgido una especie de comunidad entre aquel corro de niños y yo: eran “mis” niños, porque fui yo quien les dio esa inmovilizada [FALTA TEXTO]

Aunque más tarde realizaría miles y miles de fotografías, rara vez dudé sobre la autoría de alguna de ellas. Recuerdo instantáneas tomadas hace treinta años y sé perfectamente cuándo y en qué circunstancias las tomé y a quién representan. En ésta, por ejemplo, unas personas transportan en bicicleta plátanos al mercado. Esta otra fue tomada en una zona próxima al lago Nyassa, en Malaui, en los años 60. Y ésta representa a unos perros salvajes en el desierto de Atacama, Chile, año 1970. ¿Cómo se genera este vínculo tan estrecho entre el fotógrafo y la imagen? Pues se debe a que tomar una buena fotografía implica un esfuerzo y una vivencia similares en intensidad a los que acompañan el nacimiento de un buen poema. Requiere concentración, perseverancia e imaginación similares. Por eso, al igual que el poeta siempre reconocerá sus versos, el fotógrafo sabrá identificar sus instantáneas.

Crear una buena fotografía proporciona la misma satisfacción que escribir un buen texto. Pero ¿qué es una “buena fotografía”? Según el crítico francés Roland Barthes aquella que contiene un “punctum”: una propiedad misteriosa e intensa (que se origina habitualmente a partir de un detalle), que emana de la imagen, desencadenando en nosotros, los espectadores, una vivencia profunda, una reflexión, un instante de contemplación. Es precisamente por esta cualidad por lo que la fotografía supera al cine. En el cine, las secuencias imparables de fotogramas no permiten fijar la atención, obligándola a un galope constante, mientras que la fotografía nos permite tomarnos el tiempo necesario para reflexionar, examinar, analizar su contenido y mensaje.

Nos referimos aquí, claro está, a aquellas fotografías que realmente merecen un instante de concentración, a aquellas fotografías con “punctum”, las verdaderamente destacadas. Esta reserva resulta necesaria, porque la mayor flaqueza de la fotografía deriva precisamente de su facilidad excesiva y de su accesibilidad a las masas. Por este motivo los grandes artistas fotógrafos se quejan desde hace años de la inundación del *kitsch*, de la invasión de imágenes de aficionado, instantáneas “de recuerdo”, “turísticas” etc., una producción “para el álbum de memorias” que se ve continuamente fomentada y multiplicada por el imparable desarrollo universal de la tecnología de la comunicación. Sin embargo, esto no debe indignarnos. Hay en el ser humano una necesidad natural de dejar constancia de nuestro paso por la tierra, y también del de nuestros seres queridos y de todos aquellos con los que nos encontramos alguna vez y en los que posamos la vista.

Este estado de las cosas siempre irrita a Alfred Stieglitz, uno de los clásicos del género, quien escribió en 1899: “la fascinación universal que despierta la fotografía y la pulsión, igualmente universal, por cultivarla, han hecho que las grandes masas de aficionados, armadas con una cámara, puedan sin mayor esfuerzo ni conocimiento producir millones de fotografías”. El resultado, según Stieglitz, es lamentable. “Millones y millones de fotógrafos –escribió cuarenta años más tarde– producen anualmente miles de millones de fotografías y sin embargo, cuán difícil resulta encontrar una imagen valiosa... Resulta muy decepcionante. Pocas personas poseen visión. Pocas saben realmente observar. Qué escasa profundidad ofrecen todas estas fotografías”.

Aprendí la fotografía lentamente, a lo largo de los años, siguiendo un camino en el que abundaron las equivocaciones, los fracasos y las decepciones. Alguna vez me topé también con obstáculos técnicos: se ha bloqueado el obturador; la película no avanza automáticamente; se ha agotado la batería del fotómetro. Sin embargo, había una dificultad más básica: soy incapaz de reunir material para un relato periodístico o reportaje y fotografiar a la vez; no sé simultanear la actividad de reportero con la de fotoperiodista. En mi caso, se trata de dos facetas totalmente separadas, que se excluyen mutuamente, y se debe a que, como reportero y como fotógrafo veo el mundo de dos maneras distintas, busco otras cosas, me concentro en otros aspectos de la realidad. Al recoger material para una noticia, como reportero, hablaré con el jefe del clan, me interesarán sus opiniones, ideas, sensaciones y pensamientos. En cambio, en caso de visitarlo como reportero gráfico, me interesarán aspectos distintos, como la forma de su cabeza, los rasgos de su cara, la expresión de sus ojos o la curvatura de labios. Cuando visito una ciudad extraña, como reportero, acudo a las direcciones que me han recomendado, busco contactos. Como fotoperiodista en cambio, observo la arquitectura de las casas, los rayos de sol al deslizarse por la plaza, las gotas de sudor que corren por las sienes del mozo de equipajes y su frente irradiando un resplandor húmedo y vibrante. Si aplico el filtro verde amarillo, ese fulgor cobrará claridad y nitidez.

Otro problema consiste en que, al encontrarnos siempre a merced de otras personas, no podemos fotografiar mucho porque no hay tiempo. Nuestros benefactores generalmente tienen prisa: si es un conductor, correrá a romperse la crisma, negándose a parar, mientras nosotros, desesperados, observamos miles de escenas extraordinarias pasar por delante de los ojos sin que podamos captarlas. Una vez en Zambia, yendo desde Lusaka a Kitwe, vi una fila kilométrica de niños, cada uno portando una pirámide de ladrillos

sobre la cabeza. Parece que los pequeños estaban trasladando su escuela de una aldea a otra. Supliqué al conductor que parase, preparandola cámara, pero él solamente rezongó y siguió adelante. Sería incapaz de contar todas las oportunidades perdidas para siempre.

Hay, finalmente, un obstáculo más: se trata de mi humor cambiante. Porque para tomar fotografías se necesita estar de humor, tener ganas, voluntad, entusiasmo. Una buena imagen requiere a veces haber recorrido varios kilómetros o haber esperado varias horas, y en el calor tropical las fuerzas flaquean, falla la perseverancia. En ocasiones sucede que nuestra desgana no tiene una causa clara. Durante la revolución de Irán pasé algunos meses en ese país sin tomar una sola fotografía, a pesar de tener conmigo varias cámaras. ¿Por qué? No lo sé. En cambio, la revolución etíope la reflejé en centenares de imágenes, que más tarde expuse en Varsovia y Budapest. Nunca sé cuál de mis viajes fructificará con nuevas fotografías: siempre es una incógnita, un interrogante y un misterio, hasta para mí mismo.

Puede que sea porque no siempre consigo reunir las fuerzas suficientes para romper la resistencia, que surge en mi interior, ante el hecho de fotografiar a personas ajenas a mí, desconocidas. Fotografiarlos sin su consentimiento (con frecuencia hasta sin su conocimiento) constituye una especie de apropiación, un robo, un acto de agresión y sometimiento. Las personas creemos –según es nuestro derecho sagrado– que nuestro aspecto, rostro o contorno del cuerpo forman parte de nuestra propiedad más preciada e inviolable, de la cual sólo nosotros mismos podemos disponer. Y de repente aparece un intruso desconocido, un agresor, que nos apunta con un aparato metálico, rematado con un orificio brillante como si fuera la boca de una pistola, y nos dispara directamente a la cara. Dispara casi literalmente, ¡y a veces series enteras! Y, por si fuera poco, concluida la serie de disparos, ese ser misterioso desaparece apresuradamente, en ocasiones hasta huyendo. Para colmo, al esfumarse se lleva en el interior de su cámara un fragmento de nosotros mismos, nuestro retrato, nuestra imagen, nuestro reflejo, es decir, lo que tenemos de único y exclusivo, nuestro bien máspreciado.

¿Cómo podemos extrañarnos entonces que la gente a veces, al darse cuenta de que queremos fotografiarla, nos amenaza, nos tire piedras, escupa al objetivo o se dé la vuelta intentando ocultarse?

En principio, siempre he intentado obtener el consentimiento de aquéllos a quienes quería fotografiar. Deseaba conocerlos y entablar amistad, para que supieran que no tenía malas intenciones. Sin embargo, esto no siempre resulta posible. Cuando queremos fotografiar, pongamos por ejemplo, una escena de tiroteo callejero, cuando alrededor zumban las balas y se oye el estruendo de los [FALTA TEXTO]

Sin embargo, este consentimiento es extraordinariamente importante. Algunos reporteros gráficos son capaces de irrumpir en la esfera privada de otras personas, entrometerse sin miramientos en su santuario más íntimo y hasta gritar, reprender o aterrorizar a los agredidos cuando éstos les oponen resistencia, para después marcharse sin dar las gracias siquiera.

Yo procuro no hacerlo. Sé que por este motivo he perdido, tal vez, buenas fotografías, pero simplemente me faltan osadía, descaro y atrevimiento. La fotografía, al igual que otras actividades a las que me he dedicado en la vida, tiene que ser producto de la colaboración entre el que aprieta el obturador y el objeto que tiene delante. Tal sólo alcanzada esta comunicación, esta comunidad, pude gestarse la imagen que persigo.

La fotografía no es un acto meramente mecánico, sino también mágico. Me entregas tu imagen, de la cual a partir de este momento seré copropietario. Tu rostro deja de pertenecerte con carácter exclusivo: lo he fotografiado, accediendo de este modo, parcialmente, a su propiedad, ya que poseo su fiel reflejo, su negativo. A partir de este negativo puedo reproducir tu cara un sinnúmero de veces. Puedo también condenarte a la inexistencia, eliminando mediante un retoque tu rostro de entre los que lo rodeaban en la toma original. O, por el contrario, puedo inmortalizarte borrando las demás caras y dejando que permanezca únicamente la tuya. Puedo hacerlo

prácticamente todo: dar testimonio de tu existencia o demostrar que nunca has existido. Ponerse delante de un objetivo supone por tanto un riesgo aterrador.

Las personas intuyen esta magia secreta presente en el acto de fotografiar y por eso la imagen de una cámara –sobre todo una cámara “en acción”– despierta siempre una reacción que podrá ser positiva o negativa, pero nunca indiferente. Resulta interesante que entre los pueblos de las profundidades de África, del Brasil o de Asia, que no han tenido mucho contacto con [FALTA TEXTO]

de la fotografía, la aparición de una cámara fotográfica provoca siempre una tensión visible. Acariciarán o darán palmaditas a una radio, pero evitarán acercarse a una cámara, y si acceden a tomarla en sus manos, lo harán con desconfianza y extremando las precauciones. Puede que se sientan confundidos e inseguros ante el ojo inmóvil y convexo de la cámara, que los observa frío y vidrioso.

Los que más disfrutan al ser fotografiados son los niños, especialmente en grupo. Los niños son inocentes, no los agarra el corsé de la cultura. Para ellos posar es jugar, divertirse, actuar. Al ver una cámara se acercan corriendo al fotógrafo, rogando que les saque una foto –¡jo un centenar!–; hacen gestos y travesuras, empujándose, porque todos quieren ser el que mejor se vea en la imagen. Con plena confianza, alegría y entusiasmo saludan, a través del objetivo, a todas las personas, al mundo entero, creyendo todavía que éste les obsequiará con lo mejor.

Asimismo, existen religiones a cuyos fieles no les agrada ser fotografiados. Especialmente el islam, que nunca ha sabido abordar la representación de un rostro humano. El arte del islam desconoce el retrato, las mujeres ocultan sus caras, e incluso los hombres, sobre todo en el desierto, van tapados con una capucha. Entre estas comunidades podemos encontrarnos con la negativa e incluso la prohibición de realizar fotografías, sobre todo de mujeres. No las puedes fotografiar, dicen los musulmanes, refiriéndose a sus mujeres. Y vigilan atentamente para que la prohibición se cumpla, siguiendo al portador de la cámara a todas partes para que no se le ocurra fotografiar a una musulmana.

Sin embargo, el mayor problema se nos presenta con aquellos que están convencidos que la cámara sirve para embrujarlos, transmitir malos pensamientos, provocar enfermedades a su ganado, envenenar sus pozos o contagiarles el SIDA. Creen que al apuntarles a ellos o a sus propiedades con el objetivo dirigimos contra ellos un flujo de todas estas monstruosidades, que desembocarán necesariamente en la desgracia e incluso la muerte. En un entorno así, es mejor guardar la cámara bien oculta en el fondo de la bolsa. Hace tiempo viví en Kampala, Uganda, en casa de unos amigos. Su sirviente, Anzelm procedía de una comunidad profundamente supersticiosa del norte del país. Un día, cuando me dirigía a casa por un sendero, vi enfrente a Anzelm, avanzando hacia mí. Yo iba con la cámara en mano, así que le hice una fotografía. En un segundo, Anzelm se volvió de repente azul, comenzó a balbucear sin sentido y su cuerpo tembló convulsivamente. Temía que se lanzara contra mí y empezara a estrangularme, ya que era un hombre grande y fuerte. Sin embargo, paralizado por el miedo y una furia iracunda, era incapaz de moverse. Le pedí perdón por lo que había hecho. Al parecer, lo había embrujado y estaba intentando febrilmente dar con el modo de liberarlo del maleficio, pero, presa también del pánico, no se me ocurría nada razonable. Anzelm tardó mucho en tranquilizarse. Aquella noche abandonó a hurtadillas la casa de mis amigos, donde había pasado muchos años, para no volver nunca.

La fotografía es una aventura, pero se trata de una aventura difícil, que requiere paciencia, sensibilidad, tacto, concentración y atención. Al mirar el mundo por el visor de la cámara, elijo encuadres, compongo imágenes, me pregunto qué alcanzaré optando por un motivo u otro. También tengo que decidir qué película emplear: ¿blanco y negro o color? Es el eterno problema. Hace años usaba exclusivamente el blanco y negro, hoy recurro frecuentemente al color. Cada opción lleva aparejado un efecto determinado: el blanco y negro es más “serio”, sofisticado, artístico, extrae los valores plásticos de las formas y acentúa sus contornos, graduación y ambiente. El color, en cambio, implica dinamismo, diversidad, exactitud e incluso, según mantienen algunos críticos, un “exceso de palabrería”.

Sin embargo, durante un viaje no siempre tenemos tiempo para elegir libremente entre estas opciones y sólo dependerá de la suerte y de la casualidad el que representemos el mundo en color o en tonalidades de blanco y negro.

La fotografía es, por naturaleza, sentimental, porque con cada toma captamos un breve instante de la realidad, apenas una fracción de segundo. Al ver la fotografía más tarde, somos conscientes de que el momento que representa ya pasó, de que nos estamos asomando a un pasado que ya no existe. Incluso delante de una fotografía de un niño divertido nos recorre el espasmo de la pena, porque el niño de la fotografía ya no existe ni volverá a existir, porque en el momento en que apreciamos la imagen el niño ya se ha hecho mayor, aunque que sólo sea un día (si la fotografía fue tomada el día anterior). Por eso, al mirar fotografías como éstas, nos decimos siempre, recordando la letra de la canción: "¡Aquellos tiempos no volverán!", a veces con alivio y frecuentemente con pena y hasta dolor.

Cada fotografía es un recuerdo, y a la vez no hay nada que nos haga más conscientes de la fragilidad del tiempo, de su naturaleza perecedera y efímera, que la fotografía. Por este motivo, al abrir mi cámara fotográfica siento siempre la alegría de poder capturar con ella el tiempo que pasa, y también la tristeza, porque, pronunciadas estas palabras, tan sólo queda en mi mano un pedazo de papel tintado.



Sobre RYSZARD KAPUŚCIŃSKI Y EL OCASO DEL IMPERIO

LOS REPORTAJES QUE KAPUSCINSKI ESCRIBIÓ CON SU CÁMARA DE FOTOS

Por Juanjo Abad

EL PAÍS 4 ABR 2013

Han pasado más de seis años de su muerte y sigue siendo el principal maestro de varias generaciones de reporteros, pero la figura del polaco Ryszard Kapuscinski sigue deparando sorpresas. Hace tres años, una biografía ponía en duda la veracidad de las historias que documentaba en todo el mundo y abría la posibilidad a un incierto pasado como espía. El último motivo de asombro que rodea su figura estuvo escondido durante años en sobres marrones: su faceta como fotógrafo, que, durante años, a la vez que escribía sus crónicas, escondió escrupulosamente. Una treintena de estas instantáneas, las que documentan los años del ocaso de la Unión Soviética, se exhiben ahora en la Casa del Lector de Madrid.

Viajaba siempre acompañado por su cámara fotográfica, que le ayudó a retratar, sobre todo, la realidad de los países africanos y de América Latina; aunque el Kapuscinski de El ocaso del imperio, muestra abierta hasta el 2 de junio, no se veía como un escritor que hace fotos. Ni tampoco veía en sus instantáneas meras ilustraciones que acompañaban a sus textos. “Siempre marcó una división muy clara. Y un principio: no unir esas dos facetas. A Kapuscinski le embargaban emociones distintas cuando trabajaba como periodista y otras cuando lo hacía como fotógrafo”, dice en la inauguración Karolina Maria Wojciechowska, presidenta de la Fundación Kapuscinski y comisaria de la exposición, encargada de dejar claro, en todo momento, que estas no son las fotografías con las que asociar las páginas de *El Imperio*, el libro que recoge las crónicas de estos años convulsos en el régimen soviético.

Pero las imágenes dejan entrever algo que también tiene el Kapuscinski escritor: ambas facetas comparten la misma mirada, la del que se acerca, comprende lo que pasa a su lado y lo muestra sin ambages, ya sea la desolación de un cementerio moscovita o las manifestaciones de agosto de 1991 que precedieron el fin de la URSS.

Al Kapuscinski fotógrafo, igual que en sus textos, le interesa poner el foco en la historia de la persona que encuentra frente a él. Ellos son quienes, en último término, captan el protagonismo. Según la comisaria de la muestra, “en todas sus fotos el punto central es el ser humano”. “Me he fijado en que a estas mujeres que extienden sus brazos para enseñar las fotografías de sus hijos muertos les gustaría que la gente se parara ante ellas”, dice Kapuscinski en un pasaje de *El Imperio*. La misma dureza documenta una de sus instantáneas: en plena manifestación ciudadana, una mujer porta sendas fotos de su hijo como soldado y en un ataúd. Junto a ella, una pancarta que reza “mataron a mi hijo en el ejército”. “Casi todas las fotos que hizo eran de África. En ellas se ven miradas felices. Creo que en estas no”, opina la comisaria.

Sabedor de que era, esencialmente, un escritor, ¿para qué hacía estas fotografías? ¿Le servían como trabajo de campo que ayudaba a su ocupación principal? “Estas imágenes quizá funcionaran como un diario de apuntes mentales. No usaba las fotografías a diario, pero las tenía guardadas en algún lugar de su cabeza”, afirma la comisaria.

La pulsión por dar cuenta de lo que acontece a su alrededor le hizo cruzar la frontera desde Polonia para recorrer el –extenso– país vecino. Y el suyo, al fin y al cabo: un cartel solitario en medio de una carretera que anuncia su localidad natal, Pinsk (actual Bielorrusia), es una de las instantáneas que tomó cuando regresó a su tierra natal. Ya sea en el fulgor de una muchedumbre encendida en las calles de Moscú o a través de los ojos de un niño en Azerbaiyán. En negro sobre blanco o a través del objetivo de una cámara. Todo se trataba de contar lo que ocurre.

EL INFIERNO CLÁSICO Y LOS ARCHIVOS DE KAPUSCINSKI

Por Irene G. Vara

REVISTA DE ARTE. 04abril, 2013

El ocaso del Imperio. Se trata de una serie de imágenes que fueron encontradas hace unos años en el archivo privado del famoso reportero. Datan del período 1989-1991, cuando el autor recorrió las repúblicas de la ex Unión Soviética.

Archivo personal del reportero

La exposición que se presenta en Madrid está compuesta de 36 fotografías cuidadosamente seleccionadas. Las imágenes dan fe, tanto del talento de reportero gráfico, como de la calidad artística del autor. Hay entre ellas fotografías dedicadas al acontecimiento histórico que supuso el fallido “golpe de agosto”, perpetrado en Moscú, así como diversas instantáneas del viaje que llevó al autor a través del Imperio ruso.

El archivo fotográfico de Ryszard Kapuściński consta de casi diez mil imágenes. Si bien en este archivo predominan las instantáneas de África, continente en el que se habían centrado las anteriores exposiciones, el carácter singular de “El ocaso del Imperio” se debe precisamente a su contenido. El paisaje y la temática de estas fotografías difiere de las presentadas en ocasiones anteriores: la única frontera geográfica que el autor cruzó en los viajes recogidos en esta exposición fue la del imperio vecino. Un mundo aparentemente mucho más cercano, pero no por ello menos extraño...

Ryszard Kapuściński tenía el proyecto de organizar una exposición con las fotografías procedentes de aquellos viajes: seleccionó personalmente las fotografías y los encuadres, y a continuación guardó los negativos en sobres marrones, donde permanecieron durante varios años. La primera vez que se expuso, en la Galería Nacional de Arte “Zachęta”, en Varsovia, mostró las imágenes seleccionadas por la coordinadora del archivo fotográfico de Ryszard Kapuściński, Izabela Wojciechowska (1954-2010), quien incorporó a la selección inicial fotografías procedentes del viaje realizado por Kapuściński (1979), tras cuarenta años de ausencia, a su Pińsk natal.

La caída de la Unión Soviética en la mirada humanista de ...

ABC 05/04/2013

En estas imágenes, «las personas siempre son lo más importante, mucho más que las piedras o los monumentos». Las fotografías de uno de los más grandes periodistas del siglo XX, el polaco Ryszard Kapuscinski, se exponen en la Casa del Lector de Madrid, con la colaboración del Instituto Polaco de Cultura. Más que crónicas visuales, las fotos dibujan juntas las líneas de una palpitante transcripción, o los latidos de un tiempo moribundo. Puede que sean tal vez inocuas «anotaciones visuales» del testigo inteligente que narraba la decadencia de la Unión Soviética. Porque entre 1989 y 1991 Kapuscinski recorrió más de 60.000 kilómetros por toda la URSS para construir una crónica fidedigna, a la postre una carga de profundidad, sobre el sufrimiento y las vivencias de la gente bajo el peso de la historia. La crónica que luego reflejó en su libro «Imperio».

Ante todo son las fotos de un humanista. «Las guardaba en unos viejos sobres grises que tenía. Cuando mi madre empezó a ocuparse del archivo de Kapuscinski las encontró. Eran material para

documentar su libro pero en ningún caso iban a ilustrarlo». Quien habla es Karolina, la hija de Izabela Wojciechowska, que fue la coordinadora del archivo del periodista.

«Cuando Kapuscinski se enteró del golpe de Estado en la URSS, cogió la cámara y documentó lo que pasaba. En algunas fotos realizaba anotaciones, incluso en los sobres en los que guardaba los negativos, pero no hacía descripciones exactas de cómo se tomaron». Una fotografía muy importante para él fue la que reflejaba las manifestaciones de protesta por las víctimas del golpe de Estado del 91 contra la perestroika de Gorbachov. «Para Kapuscinski esa foto [que abre la muestra] representa el reflejo de lo que ya no existe. Cuando miras a las personas de una foto, decía, puede que ya no existan. En esta manifestación celebrada tras el golpe de Estado el 1991 la gente porta retratos de una de las víctimas, un joven que ya no está entre los vivos».

Según relata Karolina Wojcienchowska, en Polonia, cuando expusieron por primera vez las fotos del gran periodista en la Galería Nacional, fueron muy bien recibidas porque reflejan vivencias que los polacos conocían bien. En ellas quedan para nuestra mirada impulsos contrapuestos de libertad y temor, y símbolos viejos y nuevos. Mujeres exigiendo mejoras en aquellos días duros, cruces y objetos religiosos recuperados o sacerdotes ortodoxos que participaban en las manifestaciones, o también uniformes militares y gorras de plato. Y grafitis, como pintadas rockeras ("Iron Maiden") sobre la piedra de un monumento a Kalinin o una escultura pulida de Gagarin brillando contra el cielo imposible que soñaban los comunistas y ahora arañaban catenarias.

Pero en casi todas, el rostro humano es protagonista. A veces surge el paisaje, lleno de significado, como en las imágenes dedicadas a su localidad natal, Pinsk, que una vez fue Polonia pero que Kapuscinski visitaba como extranjero. Carteles en cirílico con el nombre de la ciudad y calles embarradas donde estaba su propia casa.

Y todos esos momentos quedan registrados como nuestra fragilidad cuando los miras, pues Kapuscinski supo decírnos con ellas que solo el cartón en el que están impresas nos sobrevive.

KAPUŚCIŃSKI, Y LO DESLUMBRANTE DE UN OCASO

Por Marta Platz
Revista Atticus

*"Afuera iba cayendo el crepúsculo,
pero nadie encendió la luz"*
Mario Muchnik

El ocaso de un imperio es el nombre de la exposición de fotografías del escritor polaco Ryszard Kapuściński. Un ocaso deslustrado. Un imperio que llegó tan alto, que después cayó solo. Pero cayó ante nuestros ojos, tengamos la edad que tengamos: lo vimos caer. Para los que no hemos vivido ninguna guerra mundial, ni mayo del 68, ni la llegada del hombre a la luna, ni la Transición, ni la mayor parte de los hitos del siglo XX, la caída del Muro y, en ese simbólico paralelismo, la caída de los cimientos de la Unión Soviética, constituyen las pocas pruebas con las que pretendemos aferrarnos a la idea de que nuestros ojos fueron también testigos de un siglo heroico. Lleno de héroes y villanos. Y entre esos héroes se encuentran aquellos hombres que retrataron sus instantes. Y que consiguieron con su valentía estar presentes, y hacernos presentes a nosotros, pasivos autómatas que transcurrimos

por orillas de ese mismo río. Ryszard Kapuściński. Uno de ellos. Uno de esos héroes del siglo XX.

Afuera iba cayendo el crepúsculo, pero nadie encendió la luz. Eso escribió Mario Muchnik retratando a Canetti. Pero bien podría haberlo escrito aquí también Kapuściński: en medio de la Plaza Roja de Moscú en 1989. Es deslumbrante haber hallado un ocaso escurriéndose de los últimos haces de una luz moribunda, que luchaba por reflejar los escombros de un grandioso destello.

Todavía este pasado verano escuché yo misma, en plena Plaza Roja, cómo un paisano moscovita elogiaba la libertad del comunismo: ésa que, según él, permite ir a ver una momia de Lenin gratuitamente. Supuse enseguida que esa misma libertad no permitía ir a visitar tantas otras momias de tantas otras personas en cualquier cementerio, no de Rusia, sino del mundo. Eso me hizo sentir que, viviendo entre escombros, se tiene una falsa sensación de grandeza. Por eso un simple pavimento bien asfaltado puede parecer una prueba de pulcritud y riqueza. Siempre que no mires más lejos, más allá de tus muros del Kremlin. Para no ver más allá del pavimento y de los propios escombros, se construyeron muros. Muros en los cuales se esconden paraísos.

Paraísos poblados por gente que, aun pese a la pobreza, lucha animosa por la libertad. Y no una libertad contemporánea, sino una libertad plena, que emerge de una opresión brutal y silenciada, que nace de la ausencia de pan y de vino, y que tiene tanta fuerza que arrebató al espectador su propia identidad. En blanco y negro. Conseguir congelar esa tremenda fuerza a través de dos décadas de tiempo es obra de uno de los mejores escritores que han existido. Y si ese escritor, además de una pluma, tiene una cámara de fotos, su capacidad para hacer vacilar un imperio es inimaginable.

Kapuściński fue testigo de un invierno boreal que duró años: *«Recorrí más de 60.000 kilómetros atravesando la URSS, desde Brest (Bielorrusia) a Magadán (Rusia). Visité todas las repúblicas de la URSS. Viví inviernos muy crudos y veranos calurosos, condiciones en las que la mera supervivencia representaba un problema»*. Pero lo que más ennoblece la exposición es que todo esto lo vive retratando precisamente a aquellos héroes que, como él, no tenían nombre. Sus humildes testigos. Gente que no tuvo nunca una estatua, pese a que quizá se la merecían más que cualquier otro. Una madre reclamando el cadáver de su hijo. Un padre luchando por el pan de su familia. Los ojos de un niño de Azerbaiyán, ajeno a la comprensión de los hechos. Las personas anónimas, los rostros pobres, testigos directos, verdaderos luchadores de la libertad. Y Kapuściński entre ellos, con su cámara. Dudar de la verdad, de eso se trata.

EL PERIODISTA QUE VINO DEL TELÓN DE ACERO

Por Manuel Leguineche

25 ENE 2007

Kapuscinski era el reportero que vino del frío. Y eso era algo poco natural, por decirlo así. Con ese apellido, y viniendo de Polonia, desde la Agencia Nacional Polaca, era, en efecto, extraño que procurara la aventura internacional; debió aburrirse mucho en Varsovia, y eso acaso le hizo sentir con una fuerza irresistible el tirón de África. Hasta convertirse en primer reportero del mundo, no sólo de los que estaban detrás del telón de acero.

Lo que llama la atención de Kapuscinski es que, habiendo surgido del frío y de un país con censura, lograra abrirse camino. Y lo hizo gracias a su audacia, a su sentido de la verdad, a su frugalidad, a su curiosidad sin límite, a su ética y a su bonhomía.

Nunca se las dio de nada; modesto hasta el final, fue un testigo a veces irónico, siempre tierno, de lo que sucedía. Saltó a la sorpresa con sus crónicas, que en principio no tuvieron acceso a Occidente. Y luego, con más calma, publicó su primer libro, *Sha*, en el que aplicó

ese mismo toque de ironía, de capacidad de observación que, junto con su afición al detalle chocante, inesperado, pobló el resto de su obra.

Kapuscinski leía lo que pocos eran capaces de leer, veía lo que pocos eran capaces de ver; y estaba guiado por la compasión, por su amor hacia los pueblos abandonados, por un sentido de la solidaridad propio de su ética del periodismo. Con razón decía que para ser reportero hay que ser buena persona. Nada del sarcasmo o del cinismo afloraba en él, lo deploraba. Un reportero no podía ser cínico, decía, o poco piadoso, con la gente y con la realidad, con los marginados.

Un día le pregunté si se sentía católico como la mayoría de sus compatriotas. "Por supuesto que sí", me respondió. Y añadió: "No hay por qué imitar el modelo tradicional norteamericano que sale en las películas". Aficionado a la bebida, de vida un tanto disoluta, era también un descreído. O sea, Kapuscinski era católico, apostólico y romano. Su mirada tendida al mundo estaba llena de piedad por sus semejantes, fueran estos europeos, bosquimanos o latinoamericanos.

Nos deja una obra universal, de sello propio, llena de la originalidad que latía en su manera de ver las cosas. Aprendimos mucho de él y ya le echamos de menos. No hay tantos periodistas en el mundo de los cuales uno pueda decir que de ellos estamos aprendiendo. Y se podía decir de Kapuscinski.



KAPUSCINSKI,
EL ÚLTIMO AVENTURERO
por **Claudio Magris.**
L'Espresso, No. 30, 2006

En una página memorable de *El Imperio*, Ryszard Kapuscinski evoca la demolición de la Catedral de El Salvador en Moscú en 1931, decidida por Stalin para construir, exactamente en el mismo lugar, el palacio de los Soviets. El escritor polaco describe la fase silenciosa y sonora de la destrucción, el saqueo de iconos y tesoros, las cuadrillas de trabajadores tratando de desgonzar, desclavar, destornillar, destrozar, martillar, minar, cavar, cargar y descargar escombros, haciendo explotar cargas de nitroglicerina; todo, bajo la pedante y sospechosa vigilancia de Stalin, que supervisaba personalmente cada detalle, poniendo más cuidado en las cargas de dinamita y en la limpieza de los escombros que en la simultánea instalación de una vasta red de campos para millones de deportados y en el proyectado (puesto en marcha con prontitud) exterminio masivo en Ucrania.

Insensata y funeraria —como la nunca terminada construcción del inmenso e inexistente Palacio de los Soviets, que debió tener una altura de 415 metros, pesar 1.5 millones de toneladas y tener un volumen de 7 millones de metros cúbicos (seis veces más grande que el rascacielos norteamericano más alto en esa época)—, la destrucción de la catedral fue, por otra parte, difícil, y procedió con lentitud; las planchas de mármol se arrancan con mucha dificultad, los gruesos muros se resisten a ser derrumbados.

Fulmíneo y gran escritor, Kapuscinski revela una extraordinaria fuerza poética para representar al poder, su monumental y anquilosada monstruosidad. Ni siquiera Canetti —que él, me dice, admira muchísimo— es tan incisivo en su descripción y análisis del poder, porque Kapuscinski sabe atrapar y condensar la sepulcral metafísica del poder en su concreción histórica y política. Me veo con Kapuscinski en Udine, donde asistió a la presentación de su *Diario de apuntes*, una antología de poemas traducidos al italiano espléndidamente por Silvano De Fanti y publicados con el texto original por la editorial Forum en un libro que —por lo completo de la producción lírica, también hasta ahora inédita, del autor—, incluso en Polonia, es toda una novedad.

Es un hombre sincero y amable, con una generosa capacidad para entablar amistad e inmune al egocentrismo, tan frecuente entre los literatos. Kapuscinski ha transitado —aventureramente y a veces con el riesgo de perder la vida— por los caminos más inaccesibles del mundo y ha estado entre la gente más diversa, en medio de escenarios de guerra, de revolución, de pesadilla; ha vagabundado por las tierras y culturas más remotas y escondidas, mezclándose entre las cosas y los hombres, aprendiendo a leer las ciudades, las heces y los códigos de los gestos. Él ha creado una literatura muy vital arrojándose literalmente en la realidad, representándola con rigurosa precisión y aferrando como un perro de caza sus detalles reveladores, incluso los más inasibles, componiendo todo en un cuadro, fiel y reinventado a la vez, que es el retrato del mundo y del viaje a través del mundo.

Hoy, quizá, la literatura más auténtica es aquella que sabe narrar no a través de la pura invención y ficción, sino a través de los hechos directos, de las cosas, de esas transformaciones desquiciadas y vertiginosas que, como también dice Kapuscinski, impiden atrapar al mundo en su totalidad y ofrecernos su síntesis, permitiéndole únicamente al poeta, como un reportero en el caos de la batalla, atrapar unos cuantos fragmentos.

Ésta es la primera vez que nos vemos en persona, pero en el café conversamos como amigos que se reencuentran y que se reconocen recíprocamente en las páginas, en las inquietudes, en las risas. Le digo que él, sobre todo, ha retratado al poder en vísperas de su caída, todavía estático, pero próximo a derrumbarse; así sucede en *El Emperador*, con el imperio de Hailè Selassie, cuyas últimas páginas anuncian su caída; así sucede en *El Sha*, retrato de la dictadura del Sha que al final es depuesto por Jomeini. *El Imperio* —otro libro soberbio—, se mueve en el espacio y en el tiempo, antes e inmediatamente después de la disolución de la Unión Soviética, pero

la imagen prevaleciente del poder sigue siendo la staliniana, terrible y corroída.

Kapuscinski es un maestro de la descripción, de la narración, especialmente de la semiología del poder, del análisis de sus signos, ritos, distancias, protocolos, gestos. El despotismo absoluto, hierático e inmóvil que él retrata, es enorme pero sufre de elefantiasis, está momificado y, en último análisis, es impotente. Incluso Stalin termina por parecerse al negus Neghesti abisinio, sentado, circunspecto y desconfiado, en el trono, idolatrado y escrutado con temor cada vez que fruncía las cejas, pero pasivamente ignorante de lo que realmente sucedía en torno a él y en el país.

El poder absoluto es inmovilidad, rigor mortis, impotencia; un autoritarismo eficiente debe permitir una cierta dosis de movilidad, flexibilidad, incluso libertad, si realmente quiere reinar sobre los vivos y no sobre los muertos, momias y maniqués paralizados por el terror, porque eso significa no reinar. Stalin contribuyó a debilitar a la Unión Soviética, a hacer de ella, con el terror, un país atrasado y decrepito.

Para Kapuscinski, como para mí, vivir y escribir se confunden con viajar, una continua mudanza de pensamientos, sentimientos, experiencias, aun si, ciertamente, no puedo comparar mis correrías a las suyas por África (Ébano), entre los baskiros, que no logran encontrar a su pequeña patria en los mapas, entre los turkmenos, los azeros o los tad ikos o en los infiernos congelados del gulag de Vorkuta. También él ve con extrema preocupación el delirio étnico-nacionalista que se desencadenó después de la disolución del imperio soviético, esa fiebre que lleva a toda nación, incluso pequeña, a inventarse un "Gran pasado", un mítico pasado de esplendor y poderío, cuyo desvarío provoca ríos de sangre.

Este reportero, también, es un original, agudo e intenso poeta, que la versión de De Fantio permite amar intensamente, tal y como sucede con su prosa gracias a las excepcionales traducciones italianas de Vera Verdiani (editorial Feltrinelli). La lírica de Kapuscinski posee un tono clásico; tersa como algunos poemas chinos y coloquial como algunos versos de Umberto Saba, está invadida por un sentimiento melancólico y a la vez apasionado de la vida, consciente de que un árbol encantador también puede dar un duro bastón con el que se puede golpear. Kapuscinski se inserta en ese filón de poesía polaca altamente humana, que va de Milosz a Szymborska y llega hasta Tadeusz Różewicz, muy notable poeta editado precisamente en estos días por la editorial Scheiwiller (Bassorilievo). Es una poesía en la que encontramos amargas constataciones del "lager en el hombre" y de la cerca de púas que se enreda en cada uno de nosotros, imágenes angustiosas como la del escultor africano que talla un rostro en la madera, buscando en vano los dos ojos y termina topándose con el vacío; epifanías de la naturaleza, palabras como "flamas coaguladas", retratos de amigos que, cuando el mundo se fue rodando hacia la nada, ellos fueron detrás de él. Como verdadero poeta, Kapuscinski sabe que es necesario saber escuchar cuidadosamente la voz que está en nosotros mismos, sin arrollarla con nuestras palabras.

En él, encuentro un sentimiento de la vida que para mí es fundamental: la fidelidad, el vagabundear junto con las personas amadas, vivas o muertas pero presentes; incluso la fidelidad a las cosas, a los lugares, a las estaciones. Este escritor, tan fascinado con la realidad y sus fronteras, de cuando en cuando, se siente atrapado por un deseo de blanco, de desierto, de vacío, de una celda desnuda, de un signo menos postizo para todas las cosas, de silencio —como si hubiese demasiada gente, demasiados hechos y objetos, demasiado llenos. Al igual que él, también yo siempre he pensado que aquellos que aman verdaderamente la vida, sin falsos énfasis consolatorios, de vez en cuando, realmente, se sienten cansados de ella.



10 REFLEXIONES DE RYSZARD KAPUSCINSKI SOBRE EL PERIODISMO

1. "Heródoto era un hombre curioso que se hacía muchas preguntas, y por eso viajó por el mundo de su época en busca de respuestas. Siempre creí que los reporteros éramos los buscadores de contextos, de las causas que explican lo que sucede. Quizá por eso los periódicos son ahora más aburridos y están perdiendo ventas en todo el mundo. Ninguno de los 20 finalistas de la última edición del Lettre-Ulysses del arte del reportaje [premio que se otorga en Berlín], y del que soy miembro del jurado, trabaja en medios de comunicación. Todos tuvieron que dejar sus empleos para dedicarse al gran reportaje. Este género se está trasladando a los libros porque ya no cabe en los periódicos, tan interesados en las pequeñas noticias sin contexto". Lo dijo para El País :

2.El Mundo le preguntó: ¿Cómo debe ser el periodista del siglo XXI?. El maestro respondió: "Se diferencia del siglo XX en el sentido técnico. Antes el periodista cuando se iba a una guerra tenía libertad para moverse. Dependía mucho de su talento, de su validez. Ahora, como tenemos teléfonos móviles o Internet el jefe de redacción sabe mucho más lo que está pasando. El periodista destacado en un lugar sabe lo que ve, mientras que el jefe, que está en Madrid o Roma, tiene la información de varias fuentes. Al final, el periodista, en vez de llevar a cabo sus investigaciones, se dedica a confirmar lo que el jefe le pide desde la redacción. El sentido del trabajo ha cambiado mucho.

3. "Me gustaría que mis libros sirvieran para que los lectores del siglo XXI comprendieran lo que ha sido el nacimiento del Tercer Mundo, la llegada al poder y la, soberanía de sociedades miserables, rurales e iletradas, un fenómeno sin precedentes que va a cambiar la mentalidad y el modo de vivir en todos los países". (En El País)

4. "Antes, los periodistas eran un grupo muy reducido, se les valoraba. Ahora el mundo de los medios de comunicación ha cambiado radicalmente. La revolución tecnológica ha creado una nueva clase de periodista. En Estados Unidos les llaman media worker. Los periodistas al estilo clásico son ahora una minoría. La mayoría no sabe ni escribir, en sentido profesional, claro. Este tipo de periodistas no tiene problemas éticos ni profesionales, ya no se hace preguntas. Antes, ser periodista era una manera de vivir, una profesión para toda la vida, una razón para vivir, una identidad. Ahora la mayoría de estos media workers cambian constantemente de trabajo; durante un tiempo hacen de periodistas, luego trabajan en otro oficio, luego en una emisora de radio... No se identifican con su profesión". (El País)

5. "El verdadero periodismo es intencional... Se fija un objetivo e intenta provocar algún tipo de cambio. El deber de un periodista es informar, informar de manera que ayude a la humanidad y no fomentando el odio o la arrogancia. La noticia debe servir para aumentar el conocimiento del otro, el respeto del otro. Las guerras siempre empiezan mucho antes de que se oiga el primer disparo, comienza con un cambio del vocabulario en los medios. En los Balcanes se pudo ver claramente cómo se estaba cocinando el conflicto". (El País).

6. "Esta una profesión muy exigente. Todas lo son, pero la nuestra de manera particular. El motivo es que nosotros convivimos con ella veinticuatro horas al día. No podemos cerrar nuestra oficina a las cuatro de la tarde y ocuparnos de otras actividades. Éste es un trabajo que ocupa toda nuestra vida, no hay otro modo de ejercitarlo.O, al menos, de hacerlo de un modo perfecto". (En "Los cínicos no sirven para este oficio")

7. "Hay profesiones para las que, normalmente, se va a la universidad, se obtiene un diploma y ahí se acaba el estudio. Durante el resto de la vida se debe, simplemente, administrar lo que se ha aprendido. En el periodismo, en cambio, la actualización y el estudio constantes son la conditio sine qua non. Nuestro trabajo consiste en investigar y describir el mundo contemporáneo, que está en un cambio continuo, profundo, dinámico y revolucionario. Día tras día, tenemos

que estar pendientes de todo esto y en condiciones de prever el futuro. Por eso es necesario estudiar y aprender constantemente". (En "Los cínicos no sirven para este oficio").

8. "Podemos encontrar muchos periodistas jóvenes llenos de frustraciones, porque trabajan mucho por un salario muy bajo, luego pierden su empleo y a lo mejor no consiguen encontrar otro. Todo esto forma parte de nuestra profesión. Por tanto, tened paciencia y trabajad. Nuestros lectores, oyentes, telespectadores son personas muy justas, que reconocen enseguida la calidad de nuestro trabajo y, con la misma rapidez, empiezan a asociarla con nuestro nombre; saben que de ese nombre van a recibir un buen producto. Ése es el momento en que se convierte uno en un periodista estable. No será nuestro director quien lo decida, sino nuestros lectores". (En "Los cínicos no sirven para este oficio").

9. "Creo que para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser un buen hombre, o una buena mujer: buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias. Y convertirse, inmediatamente, desde el primer momento, en parte de su destino. Es una cualidad que en psicología se denomina «empatía». Mediante la empatía, se puede comprender el carácter del propio interlocutor y compartir de forma natural y sincera el destino y los problemas de los demás". (En "Los cínicos no sirven para este oficio").

10. "Una de las cosas que resulta fundamental entender es que, en la mayor parte de los casos, la gente sobre la que vamos a escribir la conocemos durante un brevísimo periodo de su vida y de la nuestra. A veces vemos a alguien durante cinco o diez minutos, estamos viajando a otra parte y a esa persona no volveremos a verla nunca más. Por tanto, el secreto de la cuestión está en la cantidad de cosas que estas personas son capaces de decirnos en un tiempo tan breve. El problema es que las personas, en un primer contacto, son generalmente muy calladas, no tienen ganas de hablar. Es una experiencia que todos compartimos: es necesario cierto tiempo para adaptarse al otro. ¡Pero esos escasos minutos a veces son los únicos que tenemos para hablar con una persona! Para un periodista, si esos minutos transcurren en silencio o generan una comunicación insatisfactoria, el encuentro es un fracaso. El éxito depende entonces de situaciones que están fuera de nuestro control, casi casi de "accidentes". (En "Los cínicos no sirven para este oficio")



Un poco de Historia
LA CAÍDA DE LA URSS

En 1991 se desmoronó la Unión Soviética y marcó el fin de una época. En cuestión de meses, la otrora superpotencia se disolvió sin que nadie supiese preverlo. El secretario general del Partido Comunista, Mijaíl Gorbachov había intentado reformar el régimen desde 1985, poniendo en marcha unos cambios políticos que chocaron contra la vieja guardia. Las resistencias de la línea dura del partido estallaron en agosto de 1991, cuando un grupo de golpistas intentó derrocar a Gorbachov y tomar el poder para "evitar la descomposición del país".

Marzo de 1985

Mijaíl Gorbachov se convierte en el Secretario General del Partido Comunista y comienza a proponer cambios. En política interior promueve una serie de reformas, definidas por dos palabras claves: *glásnost* (apertura, transparencia) y *perestroika* (reestructuración).

Diciembre de 1985

Gorbachov nombra a Boris Yeltsin, un jefe del partido de provincia relativamente desconocido, como jefe del Partido Comunista en Moscú. Yeltsin comienza a recortar los privilegios de los miembros del partido en Moscú. Gorbachov también nombra a Eduard Shevardnadze como ministro de Exteriores, sustituyendo a Andrei Gromyko, un veterano de línea dura.

Diciembre de 1986

Como gesto de apertura en el marco de la nueva política, el régimen pone fin al destierro del disidente en el exilio Andréi Sájarov.

1987

Gorbachov presenta un plan de reformas económicas y políticas ante el Comité Central y empieza a ganar gran popularidad en los países occidentales, por su sus compromisos reformistas. En febrero el régimen aprueba una amnistía por la que libera a todos los presos de conciencia y dicta la rehabilitación de las víctimas de las purgas de Stalin (N. Bujarin, entre otros). En noviembre Yeltsin es relevado de su cargo; se dice que está llevando las reformas demasiado lejos y que ha criticado a Gorbachov por su lentitud a la hora de poner en marcha los cambios. Para algunos, aquí comienzan los problemas personales entre ambos políticos.

1988

La "perestroika" se enfrenta a sus primeros desafíos. El periódico comunista *Sovetskaya Rossiya* hace un llamado a resistir contra las reformas. En los países bálticos, comienzan los llamamientos a la independencia, y se forman partidos políticos en Estonia, Lituania y Letonia. Gorbachov recibe al presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan. En julio la XIX Conferencia del PCUS aprueba un programa de reformas políticas que se plasmó en varias enmiendas a la Constitución (diciembre) y en la elección, por primera vez con candidaturas múltiples, de un Congreso de los Diputados del Pueblo, máximo órgano soberano.

Marzo de 1989

Un nuevo Congreso Popular de Diputados es elegido en el marco de las reformas. Los resultados electorales ponen de manifiesto la radicalización popular y la irreversible pérdida de autoridad del PCUS. Boris Yeltsin gana un escaño por Moscú con una mayoría abrumadora. Gorbachov retira las tropas de Afganistán y pone fin a la guerra que la URSS había empezado con la invasión de 1979. Una manifestación pacífica en Georgia es dispersada con violencia por las tropas soviéticas, con un saldo de 19 muertos.

Julio de 1989

Gorbachov anuncia que los países del Pacto de Varsovia pueden decidir su propio futuro. En Polonia, el reformista Lech Walesa gana las elecciones y asume el poder. En septiembre, Hungría abre sus fronteras hacia occidente sin que se produzca una reacción de las tropas soviéticas. Miles de personas comienzan a viajar cruzando las fronteras hacia los países occidentales.

Noviembre de 1989

Caída del Muro de Berlín. Miles de personas comienzan a destruir y cruzar uno de los símbolos más potentes del telón de acero. La URSS

no reacciona. Bajo el impulso de la llamada "revolución de terciopelo" el movimiento reformista depone el gobierno comunista en Checoslovaquia, donde Vaclav Havel es elegido presidente. En diciembre cae el régimen de Ceaucescu en Rumania por la sublevación popular: el presidente y su esposa son ejecutados el día de navidad.

Enero de 1990

Los países bálticos continúan pidiendo la separación de la Unión Soviética. En Baku, capital de Azerbaiyán, las tropas soviéticas disuelven con violencia una manifestación pro-democracia y mueren un centenar de personas. Gorbachov continúa con sus reformas. En febrero responde a varias protestas populares y pide al Parlamento que convoque elecciones multipartidistas. Gorbachov deja de ser secretario general y se convierte en el primero -y último- presidente soviético.

Junio - Julio de 1990

El XXVIII Congreso del PCUS declara la soberanía de Rusia sobre su territorio y se adelantó a hacer leyes que procuraban desbancar algunas de las normas de la URSS. El Congreso reelige a Gorbachov como secretario general, mientras que Yeltsin y otros dirigentes radicales abandonan el partido. Para hacer frente a la crisis nacional, Gorbachov propone un nuevo Tratado de la Unión, que fue aprobado por el Congreso de los Diputados del Pueblo.

Otoño de 1990

Ucrania, Armenia, Turkmenistán y Tayikistán reclaman su soberanía. Mientras que la comunidad internacional aclama a Gorbachov y le otorga el Premio Nobel de la Paz, en su país el presidente enfrenta graves problemas económicos. Intenta unir un paquete de reformas radicales con uno más cauteloso diseñado por su primer ministro,

Nikolai Ryzhov.

17 de marzo de 1991

Se celebra un referéndum sobre el nuevo Tratado de la Unión en toda la URSS, boicoteado por los países bálticos, Armenia, Georgia y Moldavia. La mayoría de los votantes en nueve de las 15 repúblicas expresaron su deseo de seguir en la renovada Unión Soviética. En las negociaciones que le siguieron, ocho de las nueve repúblicas (excepto Ucrania) aprobaron el Nuevo Tratado de la Unión con algunas condiciones. El acuerdo oficial haría de la Unión Soviética una federación de repúblicas independientes, más descentralizada pero con una política exterior, militar y un presidente comunes. Las tres repúblicas bálticas, Letonia, Lituania y Estonia, organizan consultas electorales para reafirmar su voluntad de independencia.

Junio de 1991

Los rusos eligen por primera vez a su presidente: Boris Yeltsin. Así, los rivales Gorbachov y Yeltsin trabajan juntos en las oficinas en el Kremlin. El clamor por la independencia continúa creciendo. En enero, las tropas soviéticas disuelven manifestaciones en Lituania y Letonia, matando a más de 20 personas.

31 de julio de 1991

La URSS y Estados Unidos acuerdan el tratado para reducir las armas nucleares estratégicas (START), firmado en Moscú con motivo de la visita del presidente George H.W. Bush. El tratado sanciona el fin de del enfrentamiento de Moscú con Washington pero agrava las tensiones en el aparato del PCUS y en el complejo militar-industrial.

4 de agosto de 1991

Gorbachov se va de vacaciones a su dacha (casa de campo) en Foros, Crimea. Tenía planeada la vuelta a Moscú para el 20 de agosto de 1991, cuando el Tratado de la Unión iba a ser firmado.

19 de agosto de 1991

Una junta golpista creada por el ala dura del Partido Comunista, el Comité Estatal de Emergencia, pone en marcha un plan para derrocar a Gorbachov y tomar el poder para "evitar la descomposición del país". Dirigido por miembros marxistas extremistas del gobierno, el golpe intentaba invertir las reformas de Gorbachov y reafirmar el control central del gobierno sobre las repúblicas. Los golpistas sacan

los tanques en Moscú, mientras Yeltsin encabeza una campaña de desobediencia civil. La negativa del Ejército de apoyar a los golpistas y la firme actitud de los moscovitas, que forman un escudo humano en torno al parlamento para evitar su asalto, provocan el fracaso de la asonada, que termina dos días más tarde con la detención de los golpistas y el retorno de Gorbachov. En Moscú, el poder ya había pasado a manos de Yeltsin, que se reafirma como héroe nacional.

29 de agosto de 1991

Las actividades del PCUS son proscritas por el Tribunal Supremo, se disuelven los órganos del poder central y se abre un nuevo período constituyente.

6 de septiembre de 1991

El Consejo de Estado reconoció la independencia de Estonia, Letonia y Lituania.

1 de diciembre de 1991

El 90.3 % de los ucranianos vota por la independencia.

8 de diciembre de 1991

Los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia se reúnen para firmar un tratado que marca el nacimiento de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), una organización supranacional compuesta por 10 de las 15 ex repúblicas soviéticas.

25 de diciembre de 1991

Gorbachov anuncia su dimisión y la desintegración de la URSS. La bandera tricolor rusa sustituye en el Kremlin a la enseña roja soviética.



Ryszard Kapuscinski
Biografia

Ryszard Kapuściński, reconocido y admirado periodista, escritor, historiador y ensayista; autor de culto, de mirada lúcida y voz de narrador; peculiar, tierno, irónico, observador detallista, profundamente político, casi filosófico, auténtico animal de la comunicación y máximo exponente de la crónica internacional en esta última mitad del siglo XX. Nació en Pinsk (ciudad de profunda mezcla cultural, un *poleshuk* de aquellas ciudades cosmopolitas destruidas por el comunismo, la guerra fría y las fronteras, hoy Bielorrusia, tras haber pertenecido históricamente a Polonia) el 4 de marzo de 1932. .

En su dilatada y absolutamente intensa carrera periodística fue testigo, y principal informador, entre otros hechos, de la llegada de la descolonización y la consiguiente independencia del Tercer Mundo, el golpe de estado en Chile o la revolución en Irán; presente en 27 revoluciones, vivió en primera persona 12 frentes de guerra y fue condenado en 4 ocasiones a ser fusilado. Un auténtico periodista de vocación; honesto, comprometido, arriesgado, audaz, un curioso insaciable, un maestro para muchos, ejemplo para casi todos, un impagable espejo en el que procurar reflejarse y, esperemos, referente para el desgraciadamente perdido periodismo actual.

Con el recuerdo de no haber tenido un par de buenos zapatos hasta llegar a la preadolescencia o de no haber leído un libro hasta cumplidos los 12 años, tuvo, como comentaría sin vergüenza más de una vez, una infancia difícil (influenciada sobre todo por el delicado contexto histórico de la época) que le predispondría, tanto al periodismo ético como a su futura y de sobra característica implicación personal con los afectados y con el tema a tratar, que impregnarían su obra, y que se traducían en una máxima que repetía a menudo: "No se puede escribir de alguien con quien no has compartido como mínimo algún momento de su vida". Esa actitud, así como la práctica de un periodismo honesto con tintes filosóficos - "se puede ser escéptico, pero no cínico: el cinismo te aleja de la gente; los cínicos no sirven para este oficio"- le convertirían en uno de los profesionales más aclamados, respetados y sinceramente admirados de nuestra época.

Considerado uno de los mejores reporteros internacionales debutó con 17 años en la revista polaca "Hoy y mañana". Ingresó en 1951 en la Universidad de Varsovia, licenciándose en Historia llegando a obtener un master en Arte (1955). Posteriormente impartiría clases en las Universidades de Caracas (1978) y en la Temple University de Filadelfia (1988) como profesor visitante, y como lector en Harvard, Londres, Canberra, Bonn y la British Columbia University de Vancouver (Canadá).

Entre los años 1959 y 1981, hastiado de la censura polaca, colaboró con diversos periódicos y revistas internacionales de manera que, a pesar de continuar trabajando como corresponsal para la agencia de noticias Polish Press en África, Asia y América Latina, escribía igualmente para medios tan prestigiosos como la revista Time, The New York Times y el Frankfurter Allgemeine Zeitung, siendo considerado uno de los mejores reporteros del mundo y de quien un autor como Paul Auster señaló, en su propuesta para la candidatura del periodista al Premio Príncipe de Asturias que "no puedo pensar en otro escritor o novelista vivo, poeta o ensayista cuyo trabajo sea más importante para mí". Destacaba en él su incansable capacidad de trabajo, una irreplicable combinación de periodismo muy documentado -"para escribir una página se han de haber leído 100", aconsejaba-, una capacidad de análisis de las situaciones socioculturales típica de gran cronista y un estilo literario entre lo poético y la fabulación que le permitieron granjearse el respeto de propios y extraños.

Miembro de varios consejos editoriales, compaginó desde 1962 sus colaboraciones periodísticas con una prolífica actividad literaria, entablando a raíz de esto amistad con autores de la talla de Gabriel García Márquez (que se referiría a Kapuscinski como "maestro"). La mutua admiración entre García Márquez y el reportero polaco se plasmó en los talleres de periodismo que dio a principios de este siglo en algunas capitales latinoamericanas. Es autor de diecinueve libros de los que se han vendido cerca de un millón de ejemplares, habiéndose, incluso algunos, traducido a más de treinta idiomas. *Bus po polsku* (1962) fue la primera de sus obras, a la que siguieron

títulos como *El Emperador* (1978, sobre la decadencia del reinado en Etiopía de Haile Selassie), *El Sha* (1987, en el que aplicaría su característico toque de ironía y capacidad de observación, tan típicos en él como su afición al detalle chocante e inesperado), *La guerra del fútbol* (1992), *Lapidarium* (1990), *El imperio* (1994, sobre la descomposición de la Unión Soviética), *Ébano* (una de sus obras canónicas en las que "el enviado de Dios", como le calificaba John Le Carré se sumergió en el continente que apenas existía (existe) rehuyendo y esquivando las paradas obligadas, los estereotipos y los lugares comunes; para vivir en las casas de los arrabales más pobres plagadas de cucarachas y aplastadas por el calor; enfermar de malaria; correr peligro de muerte perseguido por los guerrilleros y sufrir en primera persona el miedo y la desesperanza como medio para lograr conformar este testimonio incomparable), así como el genial libro de fotografías *Desde Africa* (2000) o los más reciente "Los cínicos no sirven para este oficio", "Los cinco sentidos del periodista", "El mundo de hoy" y su última obra "Viajes con Heródoto", publicada en 2006 en la que en un complicado ejercicio, viaja a través del tiempo y las culturas de la mano del historiador (compañero de vocación) griego.

Kapuscinski se convirtió así en el escritor polaco más traducido y publicado en el extranjero. En sus textos supo compaginar la gran historia general con la pequeña que afecta a cada individuo. Como autor de culto, de análisis fino y pormenorizado de los hechos, en sus escritos mezcla periodismo, historia y filosofía. Su visión más política que simplemente lineal de los acontecimientos, que imbuía sus primeros textos, fue poco a poco superada por su interés por los aspectos culturales y antropológicos del tema. En sus últimos años se interesaría particularmente por los procesos relacionados con la globalización y las consecuencias que pueden tener para la civilización humana.

Las últimas entrevistas e intervenciones de Kapuscinski estuvieron teñidas de la incertidumbre que hoy acongoja al futuro de los medios de comunicación tradicionales. Pensaba que la revolución tecnológica no debía hacer olvidar los procedimientos tradicionales del mismo. "No sea que por miedo a morir nos suicidemos", decía. Opinaba que es paradójico que se nos trate de imponer la idea de que el desarrollo digital de los medios de comunicación ha conseguido unir a todas las partes del planeta en la globalización cuando, al mismo tiempo, la temática internacional ocupa cada vez menos espacio en esos medios, oculta por la información local, por los titulares sensacionalistas, los cotilleos, los personajillos y toda esa información mercancía o pseudos-información.

En uno de sus últimos seminarios un joven le preguntó cuál era el principal riesgo que corría, según él, el periodista en el ejercicio de su profesión. Y Kapuscinski respondió: "el principal peligro es la rutina. Uno aprende a escribir una noticia con rapidez, y a continuación corre el riesgo de estancarse, de quedarse satisfecho con ser capaz de escribir una noticia en una hora, convencido de que eso es todo lo que requiere el periodismo. Ésta es una visión nefasta de la práctica profesional. El periodismo es un acto de creación" Una gran lección; su última lección.

Nombrado Doctor Honoris Causa en nada menos que siete ocasiones por la Universidad de Cracovia, la Universidad de Gdansk, Universidad de Wroclaw, Universidad de Silesia, la Universidad de Barcelona y la Universidad Ramon Llull (en cuyo discurso señaló además de que "La guerra es una derrota para la humanidad porque, además de poner en tela de juicio la bondad y la inteligencia, manifiesta el fracaso del ser humano: su incapacidad de entenderse con otros, de ponerse en su piel, sentirse "orgulloso" por el título recibido y "honrado" de poder "formar parte de la comunidad universitaria e, indirectamente, de la ciudadanía barcelonesa") Ha obtenido de igual manera diversos galardones por su creación literaria: como el premio Alfred Jurzykowski (Nueva York, 1994), el Hansischer Goethe (Hamburgo, 1998), el Imegna (Italia, 2000), el Prix de l' Astrolabe, el J. Parandowsky del Pen Club y el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades concedido 2003

Ryszard Kapucinski falleció el 23 de enero de 2007, a los 75 años de edad, en Varsovia.

Bibliografía

*Bibliografía publicada y disponible en España
(Según año y versión de la edición correspondiente)*

*ENCUENTRO CON EL OTRO,
Editorial Anagrama, S.A., 2007*

*THE SHADOW OF THE SUN,
Penguin, 2007*

*TRAVELS WITH HERODOTUS,
Allen Lane The Penguin Press, 2007*

*EL IMPERIO,
Editorial Anagrama, S.A., 2007*

*THE COBRA S HEART,
Penguin, 2007*

*EBEN,
Empuries, 2006*

*VIATGES AMB HERODOT,
Empuries, 2006*

*VIAJES CON HERODOTO (5ª ED.),
Editorial Anagrama, S.A., 2006*

*SHAH OF SHAHS,
Penguin, 2006*

*EL EMPERADOR,
Editorial Anagrama, S.A., 2006*

*THE EMPEROR,
Penguin, 2006*

*LOS CINICOS NO SIRVEN PARA ESTE OFICIO: SOBRE EL BUEN PERIODISMO,
Editorial Anagrama, S.A., 2005*

*THE SHADOW OF THE SUN: MY AFRICAN LIFE,
Penguin, 2002*

*EL MUNDO DE HOY,
Editorial Anagrama, S.A., 2004*

*UN DIA MES DE VIDA,
Editorial Empuries, 2003*

*UN DIA MAS CON VIDA,
Editorial Anagrama, S.A., 2003*

*LAPIDARIUM IV,
Editorial Anagrama, S.A., 2003*

*EBANO,
Editorial Anagrama, S.A., 2003*

*DESDE AFRICA,
Edicola, 2002*

*LOS CINICOS NO SIRVEN PARA ESTE OFICIO: SOBRE EL BUEN PERIODISMO,
Editorial Anagrama, S.A., 2002*

*EL IMPERIO,
Editorial Anagrama, S.A., 2002*

*DESDE AFRICA,
Edicola, 2001*

ANOTHER DAY OF LIFE,
Penguin, 2001

LA GUERRA DEL FUTBOL,
Editorial Anagrama, S.A., 1992

EL SHA O LA DESMESURA DEL PODER,
Editorial Anagrama, S.A., 1987

Recursos

Recursos en línea

Enlaces de interés

Sitio web oficial Ryszard Kapuscinski
<http://www.kapuscinski.info/>

FNPI-Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano: Ryszard Kapuscinski
<http://www.fnpi.org/kapu/>

Acto de investidura de doctor Honoris Causa al Profesor Dr. Ryszard Kapuscinski. Universitat Ramon Llull.
http://www.portalcomunicacion.com/pdf/url_discursos.pdf

Conferencia de Ryszard Kapuscinski en la UAB: Traducir el mundo
<http://www.uab.es/anydelesllengues/c-kapuscinski.htm>

Acta del jurado Fundación Premio Príncipe de Asturias. Premio de Comunicación y Humanidades 2003.
http://www.fundacionprincipedeasturias.org/esp/04/premios/premios3_2003.html

Documentos en línea del autor

KAPUSCINSKI, Ryszard: "¿Reflejan los media la realidad del mundo? Nuevas censuras, sutiles manipulaciones". Etcétera. Noviembre, 2002.
<http://www.etcetera.com.mx/pag87ne25.asp>

KAPUSCINSKI, Ryszard: "La historia 'telefalsificada'". Le Monde Diplomatique, 2005.
http://criticaresfacil.com/2006/01/la_historia_telefalsificada.html

KAPUSCINSKI, Ryszard: "La piel del reportero". Etcétera. Agosto, 2005.
<http://www.etcetera.com.mx/pag87ne25.asp>

KAPUSCINSKI, Ryszard: "The open World". The New Yorker. Feb. 2007.
http://www.newyorker.com/reporting/2007/02/05/070205fa_fact_kapuscinski

Otros documentos en línea

BUFORD, Bill: "Ryszard Kapuscinski". Granta, 21. Marzo, 1987.
<http://www.granta.com/extracts/190>

CAYUELA, Ricardo: "Entrevista con Ryszard Kapuscinski". Letras Libres. Julio, 2002.
<http://www.letraslibres.com/index.php?art=7597>

RESTREPO, Javier Daría: "Objetivo: la objetividad". Etcétera. Noviembre, 2006.
<http://www.etcetera.com.mx/pag120-127ane73.asp>

REYES, Juan Miguel: "Ryszard Kapuscinski, el periodismo como conocimiento y divulgación de la historia". UNAM.
<http://www.tuobra.unam.mx/publicadas/030704231912.html>

VIDAL-FOLCH, Ignacio: "Entrevista a Ryszard Kapuscinski". El País. Junio, 2005.
<http://www.ddooss.org/articulos/entrevistas/Kapuscinski.htm>

VV.AA.: "La guerra es el fracaso del hombre". BBC Mundo. Mayo, 2003.
http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/misc/newsid_2995000/2995311.stm

VV.AA.: "Ryszard Kapuscinski: reportero del tercer mundo". Sala de prensa, 37. Noviembre, 2001.
<http://www.saladeprensa.org/art287.htm>

WOLFE, Thomas: "An Interview with Ryszard Kapuscinski: Writing About Suffering". The Journal of the International Institute. Noviembre, 1997.
<http://www.umich.edu/~iinet/journal/vol6no1/kapuschinski.html>

Videos

Reportaje
http://www.youtube.com/watch?v=F2_Z2XNjcaY&eurl=http://www.portalcomunicacion.com/esp/dest_kapu.html

Entrega Premio Príncipe de Asturias
http://www.fundacionprincipedeasturias.org/esp/04/premiados/archivos/video/fichero775_2.rm

Citas

· "Ahora se suele criticar a la televisión por transmitir tanta violencia, cuando más cruel ha sido la Biblia: en sus páginas se come a niños, se llama a matar a los enemigos, se queman casas, se sacan los ojos a los hombres. Los dueños de la televisión moderna no han inventado nada nuevo."

· "Antes, los periodistas eran un grupo muy reducido, se les valoraba. Ahora el mundo de los medios de comunicación ha cambiado radicalmente. La revolución tecnológica ha creado una nueva clase de periodista. En Estados Unidos les llaman media worker. Los periodistas al estilo clásico son ahora una minoría. La mayoría no sabe ni escribir, en sentido profesional, claro. Este tipo de periodistas no tiene problemas éticos ni profesionales, ya no se hace preguntas. Antes, ser periodista era una manera de vivir, una profesión para toda la vida, una razón para vivir, una identidad. Ahora la mayoría de estos media workers cambian constantemente de trabajo; durante un tiempo hacen de periodistas, luego trabajan en otro oficio, luego en una emisora de radio... No se identifican con su profesión".

· "Confucio ha dicho que como mejor se conoce el mundo es sin salir de casa. Y no le falta razón. No es imprescindible desplazarse en el espacio; también se puede viajar hacia el fondo del alma".

· "El nacionalismo es algo intrínsecamente malo por dos motivos. Primero por creer que unas personas son, por su pertenencia a un grupo, mejores que otras. Segundo, porque cuando el problema es el otro, la solución implícita de este problema siempre será el otro."

· "El trabajo de los periodistas no consiste en pisar las cucarachas, sino en prender la luz, par que la gente vea cómo las cucarachas corren a ocultarse...."

· "En el Tercer Mundo, hay que tener una de estas dos cosas, o tiempo, o dinero. Es un principio férreo del oficio de reportero".

· "La ideología del siglo XXI debe ser el humanismo global, pero tiene dos peligrosos enemigos: el nacionalismo y el fundamentalismo religioso."

· "La mejor forma de conocer el mundo es hacer amistad con el mundo. Existe una conexión entre nuestro destino personal y la presencia de miles de personas y cosas de cuya existencia no sabíamos o no sabemos nada y que pueden influir, de hecho influyen, del modo más asombroso, en nuestra vida y su desarrollo, de tal forma que, al menos por nuestro propio interés deberíamos esforzarnos en conocer no sólo lo que está aquí sino también lo que está allá, en algún lugar a gran distancia en nuestro planeta."

· "Si entre las muchas verdades eliges una sola y la persigues ciegamente, ella se convertirá en falsedad, y tú en un fanático".

· "Siempre ha sido el arte el que, con gran anticipación y claridad, ha indicado qué rumbo estaba tomando el mundo y las grandes transformaciones que se preparan..."

· "Un pueblo desprovisto de Estado busca salvación en los símbolos" (El Imperio)



RYSZARD KAPUSCINSKI
Documento

Discurso íntegro durante el acto de investidura de doctor Honoris Causa de la Universitat Ramon Llull (Barcelona, 17 de junio de 2005)

Señoras y señores,

Antes de entrar en la materia de mi discurso de investidura, en primer lugar deseo expresar mi agradecimiento a la Universitat Ramon Llull por la concesión del grado de Doctor Honoris Causa de esta Institución. Recibí la noticia de su honorífica distinción con emoción y profunda gratitud.

Gracias a su Excelentísima y Magnífica Rectora, Dra. Esther Giménez-Salinas Colomer, y a los miembros de la Junta Académica y del Equipo de Gobierno de la Universitat Ramon Llull por haber tomado la decisión de honrarme con este Doctorado, con lo cual, al mismo tiempo, me han invitado a formar parte de su comunidad universitaria e, indirectamente, de la ciudadanía barcelonesa. Es para mí un gran honor y una fuente de satisfacción y orgullo.

No quiero dejarme en el tintero agradecimientos al claustro de la Facultad de Ciencias de la Comunicación Blanquerna y, muy especialmente, a su decano, Dr. Miquel Tresserras Majó, por haber presentado mi candidatura al grado de Doctor Honoris Causa y por llevar a cabo el minucioso seguimiento de todo el proceso académico que se abre con la presentación de la candidatura y se cierra con el acto de hoy. Asimismo, gracias al ilustre Patronato de esta Universidad, presidido por Don Leopoldo Rodés Castañé, que ha avalado la decisión de la Junta Académica y el Equipo de Gobierno, y al Departamento de Periodismo que en todo momento ha apoyado la iniciativa de la Facultad y ha ayudado activamente en la organización del evento que hoy nos ha reunido aquí.

Y, last but not least, deseo agradecerles a todos ustedes su presencia en esta sala. Gracias por venir y por participar en esta ceremonia, que para mí reviste gran importancia y me emociona profundamente.

Excelentísima y Magnífica Rectora, señoras y señores:

Cuando me paro a reflexionar sobre mis viajes por el mundo, viajes que se han prolongado durante muchos, muchos años, a veces tengo la impresión de que las fronteras y los frentes, los peligros y las penalidades propios de esos viajes, me han producido menos inquietud que la incógnita, siempre presente y renovada a cada momento, de cómo transcurriría cada nuevo encuentro con los Otros, con esas personas extrañas con las que me toparía mientras seguía mi camino. Pues siempre supe que de ese encuentro dependería mucho, muchísimo, si no todo. Cada uno de ellos fue una incógnita: ¿cómo empezaría? ¿cómo transcurriría? ¿en qué acabaría?

El mero planteamiento de preguntas como éstas es, por supuesto, tan antiguo que podría calificarse de eterno. El encuentro con el Otro, con personas diferentes, desde siempre ha constituido la experiencia básica y universal de nuestra especie. Los arqueólogos nos dicen que los grupos humanos más antiguos no contaban con más de treinta o, a lo sumo, cincuenta personas. Si aquellas familias-tribus hubiesen sido más numerosas, les habría resultado difícil trasladarse con la rapidez suficiente. Si hubiesen sido más pequeñas, les habría resultado muy difícil defenderse y librar batallas en su lucha por la supervivencia.

Y he aquí a nuestra pequeña familia-tribu siguiendo su camino en busca de alimentos y de pronto se encuentra con otra familia-tribu. ¡Qué momento tan fundamental en la historia del mundo! ¡Qué descubrimiento más fabuloso! ¡Descubrir que el mundo está habitado por otras personas! Pues hasta aquel momento, el miembro de nuestra comunidad familiar y tribal podía vivir convencido de que, conociendo a

sus treinta, cuarenta o cincuenta hermanos, conocía a todos los habitantes de la tierra. Y de pronto descubre que no, ni mucho menos; que el mundo también alberga a otros seres parecidos a él, ¡a otras personas!

¿Cómo comportarse ante tamaña revelación? ¿Cómo actuar? ¿Qué decisión tomar? ¿Abalanzarse con ferocidad sobre los extraños? ¿Pasar a su lado con indiferencia y seguir el camino propio? O, tal vez, ¿intentar conocerlos y tratar de encontrar una manera de entenderse con ellos?

Esta misma necesidad de optar por una cosa u otra que se había planteado a nuestros antepasados hace miles de años se nos plantea también hoy a nosotros, y lo hace, además, con la misma intensidad, que no ha variado a lo largo de milenios; la elección resulta hoy igual de básica y categórica. ¿Qué actitud adoptar ante el Otro? ¿Cómo tratarlo?

Es posible que la cosa derive hacia un duelo, un conflicto o una guerra. Testimonios de tales desenlaces llenan todos los archivos imaginables y dan fe de ellos los incontables campos de batalla y los restos de ruinas diseminados a lo largo y ancho del mundo. Todos ellos son la demostración de la derrota del hombre; de que éste no supo o no quiso hallar una manera de entenderse con Otros. Las literaturas nacionales de todos los países y de todas las épocas han tomado esta tragedia y debilidad nuestra como uno de sus temas predilectos: su diversidad de matices lo convierte en un tema infinito.

Pero también puede suceder que nuestra familia-tribu, a la que seguimos sus pasos, en lugar de atacar y luchar decida aislarse de Otros, encerrarse, blindarse. Semejante actitud, con el tiempo, dará como resultado construcciones que obedecen a la voluntad de atrincheramiento, tales como la Gran Muralla China, las torres y las puertas de Babilonia, los limes romanos o las murallas de piedra de los incas.

Por fortuna, también aparecen diseminadas profusamente por todo el planeta las pruebas de un tercer tipo de comportamiento que ha conocido la experiencia humana. Las que indican cooperación. Se trata de vestigios de mercados, de puertos marítimos y fluviales; de lugares donde se levantaban ágoras y santuarios, donde todavía hoy son visibles los restos de algunas sedes de universidades y de academias antiguas. Asimismo se han conservado vestigios de ancestrales rutas comerciales, tales como la de la seda, la del ámbar o la sahariana. Todos aquellos espacios eran lugares de encuentro: allí las personas entraban en contacto y se comunicaban, intercambiaban ideas y mercancías, sellaban actos de compraventa y ultimaban negocios, formaban uniones y alianzas, encontraban objetivos y valores comunes. El Otro dejaba de ser sinónimo de lo desconocido y lo hostil, de peligro mortal y encarnación del mal. Cada individuo hallaba en sí mismo una parte, por minúscula que fuese, de aquel Otro, o al menos así lo creía y vivía con este convencimiento.

De manera que al hombre siempre se le abrían tres posibilidades ante el encuentro con Otro: podía elegir la guerra, aislarse tras una muralla o entablar un diálogo. A lo largo de la historia, el hombre siempre ha vacilado ante estas tres opciones y, dependiendo de su cultura y de la época en que le ha tocado vivir, elige una u otra. Constatamos que es bastante veleidoso en sus decisiones; no siempre se siente seguro, no siempre pisa un terreno firme.

Resulta difícil justificar la guerra; opino que la pierden todos porque pone de manifiesto el fracaso del ser humano al revelar su incapacidad de entenderse con Otros, de ponerse en su piel; y porque pone en tela de juicio su bondad e inteligencia. Cuando el encuentro con Otros tiene como desenlace la guerra, invariablemente acaba en tragedia, en un baño de sangre.

A la idea que llevó al hombre a levantar murallas altísimas y cavar profundos fosos con el fin de aislarse de otra gente se la ha

"bautizado", ya en nuestra época, con el nombre de *apartheid*. Con perjuicio para la verdad y la exactitud, dicha noción ha sido adscrita al hoy inexistente régimen blanco de Sudáfrica. Lo cierto es que se había practicado el *apartheid* desde los tiempos inmemoriales. Simplificando mucho, se trata de una doctrina cuyos partidarios discurren del siguiente modo: "Todo el mundo puede vivir como le dé la gana, solo que bien lejos de mí si esa gente no pertenece a mi raza, mi religión y mi cultura." Pero ¡ojalá tan sólo se tratase de esto! La realidad es que nos hallamos ante una doctrina de desigualdad del género humano, premeditada y programática. Los mitos y las leyendas de muchos pueblos y tribus rezuman la convicción de que sólo nosotros -los miembros de nuestro clan, de nuestra comunidad-somos seres humanos; todos los demás son *infrahombres*, como mucho, o cualquier cosa menos personas. Lo que mejor expresaba esta actitud era una doctrina de la China antigua: el no chino era considerado como excremento del diablo o, en el mejor de los casos, como pobre desgraciado que ha tenido la mala suerte de no haber nacido chino. En consecuencia, ese Otro era representado como perro, rata o reptil. El *apartheid* fue y sigue siendo una doctrina de odio, desprecio y repugnancia hacia el Otro, el extraño.

¡Cuán diferente aparece la imagen del Otro en la época de creencias antropomórficas, cuando los dioses podían adoptar el aspecto humano y comportarse como personas! Pues en aquellos tiempos, nunca se sabía si era dios u hombre el viajero o el peregrino que se acercaba. Esta inseguridad, esta intrigante ambivalencia, constituye una de las fuentes de la cultura de la hospitalidad, que exige un trato magnánimo al visitante, un visitante cuya naturaleza no acaba de ser reconocible.

Escribe de ello nuestro "poeta maldito" decimonónico, Cyprian Norwid. En la Introducción a su *Odisea*, reflexiona sobre las fuentes de esa hospitalidad que arropó a Ulises en su camino de vuelta a Ítaca. "Allí, en la naturaleza de cada mendigo y de cada vagabundo extraño", expresa Norwid, "se sospechaba un origen divino. No se concebía, antes de acogerlo, preguntar al visitante quién era; sólo después de dar por supuesta su divinidad se descendía a las preguntas terrenales, y esto se llama hospitalidad; y, por eso mismo, se la colocaba entre las prácticas y virtudes más piadosas. ¡Los griegos de Homero no conocían al "último de entre los hombres"! Siempre el hombre fue el primero, es decir, divino."

La cultura entendida por los griegos en el sentido en que lo plasma Norwid saca a la luz nuevos significados de las cosas, significados amables y benévolos con el hombre. Las puertas y portaladas sirven no sólo para aislarse del Otro, sino que también pueden abrirse ante él, invitándolo a franquearlas. La calzada no tiene por qué ser esa vía por la que cabe esperar la llegada de columnas enemigas; también puede ser ese camino por el que, ataviado con ropas de peregrino, se aproxime a nuestra morada uno de los dioses. Gracias a interpretaciones como ésta, empezamos a movernos en un mundo no sólo mucho más rico, sino también acogedor y lleno de buena disposición hacia nuestro semejante, un mundo en el que nosotros mismos sentiremos el deseo de salir al encuentro del Otro.

Emmanuel Lévinas llama "acontecimiento" al encuentro con el Otro; lo califica, incluso, de "acontecimiento fundamental". Se trata de la experiencia más importante, del más amplio de los horizontes. Lévinas, como es sabido, pertenece al grupo de filósofos dialogistas -tales como Martin Buber, Ferdinand Ebner y Gabriel Marcel- que han desarrollado la idea del Otro -en tanto que ente único e irrepetible- desde unas posturas de oposición, más o menos directas, hacia dos fenómenos aparecidos en el siglo XX y que no son otros que:

-La aparición de la sociedad de masas, que anula el hecho diferencial del individuo

- La expansión de las destructivas ideologías totalitarias.

Estos filósofos intentan salvar lo que consideran el valor supremo: el individuo. Intentan salvar de la actuación de las masas y de los

totalitarismos, aniquiladora de toda identidad individual, a mí, a ti, al Otro, a los Otros (por eso han divulgado la noción de Otro: para subrayar la diferencia entre los individuos, y la diferencia de sus rasgos individualizadores, únicos e intransferibles).

Fue una corriente de pensamiento de gran trascendencia, una corriente que salvaba y elevaba al ser humano, que salvaba y elevaba al Otro, ante el cual -como lo expresó Lévinas- no sólo debo colocarme en pie de igualdad y con el cual debo mantener un diálogo, sino que tengo la obligación de "ser responsable de él".

En cuanto a la actitud hacia el Otro -hacia los Otros- los dialogistas rechazan la guerra, que consideran un camino que conduce a un único fin: el aniquilamiento. Asimismo, critican la indiferencia y el aislamiento tras una muralla. En lugar de estas actitudes, pregonan la necesidad -más aún: el deber ético- de posturas abiertas, de acercamiento y buena disposición.

En el marco de estas ideas y convicciones, dentro de esa misma corriente de reflexión y búsqueda, surge la gran obra investigadora de Bronisław Malinowski, que guarda gran similitud con las posturas encomiadas por los dialogistas.

El reto de Malinowski: ¿cómo acercarse al Otro, cuando no se trata de un ser hipotético ni teórico, sino de una persona de carne y hueso que pertenece a otra raza, que tiene una fe y un sistema de valores diferente, que tiene sus propias costumbres y tradiciones, su propia cultura?

No pasemos por alto el hecho de que, por lo general, la noción del Otro se ha definido desde el punto de vista del blanco, del europeo. Pero cuando, hoy en día, camino por un poblado etíope levantado en medio de las montañas, corre tras de mí un grupo de niños deshechos en risas y regocijo; me señalan con el dedo y exclaman: ¡Ferenchi! ¡Ferenchi!, lo que significa, precisamente, "otro", "extraño". Es un pequeño ejemplo de la actual "desjerarquización" del mundo y de sus culturas. Es cierto que el Otro, a mí, se me antoja diferente, pero igual de diferente me ve él, y para él yo soy el Otro. En este sentido, todos vamos en el mismo carro. Todos los habitantes de nuestro planeta somos Otros ante otros Otros: yo ante ellos, ellos ante mí.

En la época de Malinowski (al igual que en los siglos precedentes), el blanco, el europeo, abandona su continente casi exclusivamente con un único fin: la conquista. Sale de casa para hacerse con el dominio de otras tierras, para conseguir esclavos, para hacer negocio o para evangelizar. Sus expediciones a menudo se convierten en baños de sangre, como fue el caso de la conquista colombina de las dos Américas, seguida por la de los colonos blancos llegados del viejo continente, la conquista de África, de Asia, de Australia.

Malinowski viaja a las islas del Pacífico con un objetivo del todo diferente: para conocer al Otro; a él, a sus vecinos, sus costumbres y su lengua, para ver cómo vive. Quiere verlo todo con sus propios ojos y vivirlo todo en carne propia. Quiere acumular experiencias para, más tarde, dar fe de lo vivido.

Un proyecto que a primera vista se nos antoja tan evidente resulta, sin embargo, revolucionario, "mundoclasta" (permítanme el neologismo), pues desvela una debilidad -cierto que en grados diferentes- o, más bien, un rasgo intrínseco de cualquier cultura que consiste en que una tiene dificultades a la hora de comprender a la otra. O, más bien que esas dificultades las tienen las personas que pertenecen a una determinada cultura, sus partícipes y portadores.

A saber: Malinowski dice que después de llegar a las tierras objeto de sus estudios, las islas Trobriand (hoy Kiriwina), descubre que los blancos que llevan años viviendo allí no sólo no saben nada de la población local y de su cultura, sino que tienen de ellas una imagen falsa, teñida de arrogancia y desdén.

Él mismo, en contra de todas las costumbres coloniales establecidas, planta su tienda en medio de una aldea y convive con la población local. La experiencia no le resultará nada fácil. En su conservado Diario en el sentido estricto de la palabra, a cada momento menciona sus muchas dificultades, habla de sus cambios de humor, de su abatimiento, de frecuentes estados depresivos. Cuando alguien se ve arrancado -voluntaria o involuntariamente- de su cultura, paga por ello un precio muy alto. Por eso resulta tan importante la posesión de una identidad propia y definida y la firme convicción de que esa identidad tiene fuerza, valor y madurez. Sólo entonces puede el hombre encararse con otra cultura. En el caso contrario, tenderá a ocultarse en su escondrijo, a aislarse, miedoso, de otras personas. Tanto más cuanto que el Otro no es sino un espejo en el que se contempla -y en el que es contemplado-, un espejo que lo desenmascara y lo desnuda, cosa que todo el mundo más bien prefiere evitar.

Llama la atención el hecho de que, cuando la Europa natal de Malinowski es escenario de la Primera Guerra Mundial, el joven antropólogo se concentra en el estudio de la cultura de intercambio. Investiga los contactos entre los habitantes de las islas Trobriand y sus ritos comunes, investigaciones que plasmará en su magnífica obra Los argonautas del Pacífico occidental y a partir de las cuales formulará esa tesis tan importante como, lamentablemente, poco observada y que reza: "para poder juzgar, hay que estar allí". También formula otra tesis, sumamente atrevida para la época, de que no existen culturas superiores e inferiores, sólo hay culturas diferentes que, cada una a su manera, satisfacen las necesidades y las expectativas de sus partícipes. Para Malinowski, la persona perteneciente a otra raza y a otra cultura es una persona cuyo comportamiento -como el comportamiento de cualquiera de nosotros- encierra y rezuma dignidad, respeto por unos valores establecidos, por una tradición y unas costumbres.

Mientras que Malinowski empezaba su trabajo en el momento de la aparición de la sociedad de masas, hoy vivimos en una época de transición entre la sociedad de masas y la sociedad planetaria. Hay muchos factores que favorecen este paso: la revolución electrónica, el impresionante desarrollo de todo tipo de comunicaciones, facilidades nunca vistas de trasladarse de un lugar a otro y también -y relacionado con todo ello- las transformaciones que se producen en la mentalidad de las generaciones más jóvenes y en la cultura, en el sentido más amplio de la palabra.

Y todo esto ¿de qué manera cambiará nuestra actitud -marcada por nuestra cultura- hacia personas de otra o de otras culturas? ¿Cómo influirá en la relación Yo-el Otro dentro del marco de mi propia cultura y fuera de él? Resulta muy difícil dar una respuesta inequívoca y definitiva a estas preguntas, pues hablamos de un proceso en curso, en el que, además, estamos inmersos nosotros mismos y carecemos de esa perspectiva de tiempo que posibilita una reflexión fehaciente.

Lévinas se planteó la relación Yo-el Otro en el marco de una sola civilización, histórica y racialmente homogénea. Malinowski estudió las tribus melanesias en una época en la que éstas aún conservaban su estado genuino, todavía ajeno a la ulterior contaminación por la tecnología, la organización y el mercado occidentales.

Semejantes posibilidades son hoy una rareza. La cultura se vuelve cada vez más híbrida, heterogénea. No hace mucho contemplé en Dubay una escena asombrosa. Por la orilla del mar caminaba una muchacha. Sin lugar a dudas, musulmana. Iba vestida con un pantalón vaquero y una blusa muy ceñida, pero, al mismo tiempo, su cabeza aparecía cubierta. Sólo la cabeza, pero estaba envuelta en un chador tan puritana y herméticamente atado que ni siquiera se le veían los ojos.

Hoy en día existen ya escuelas de pensamiento en disciplinas como la filosofía, la antropología y la crítica literaria que prestan especial atención a todo este proceso de "hibridización" y transformación de la cultura. Dicho proceso se observa sobre todo en aquellas regiones en las que las fronteras entre Estados también lo han sido entre culturas (como la mexicano-estadounidense), así como en metrópolis

gigantescas como São Paulo, Singapur o Nueva York, donde hay una mezcla de razas y culturas de lo más variopinta. De todos modos, decimos del mundo de hoy que es multiétnico y multicultural no porque haya aumentado el número de comunidades y culturas con respecto al pasado, sino porque hablan con una voz cada vez más audible, independiente y decidida, exigiendo aceptación y reconocimiento a su valía y un lugar en torno a la mesa de las naciones.

Sin embargo, el auténtico desafío de nuestro tiempo, el encuentro con el nuevo Otro, el Otro de nuevo cuño, hunde sus raíces en un contexto histórico más amplio. Veamos: La segunda mitad del siglo XX es ese momento histórico en que dos tercios de la población mundial se liberan del yugo colonial y se convierten en ciudadanos de Estados independientes, al menos desde el punto de vista formal. Poco a poco, esas personas empiezan a descubrir su propio pasado, sus mitos y leyendas, sus raíces y su identidad, y una vez descubierta y asumida esta última, se sienten orgullosas de ella. Esos hombres y mujeres empiezan a sentirse ellos mismos, sus propios amos y dueños de su destino, y les resulta odioso que se los trate como objetos, como extras, como víctimas pasivas de un antiguo dominio ajeno.

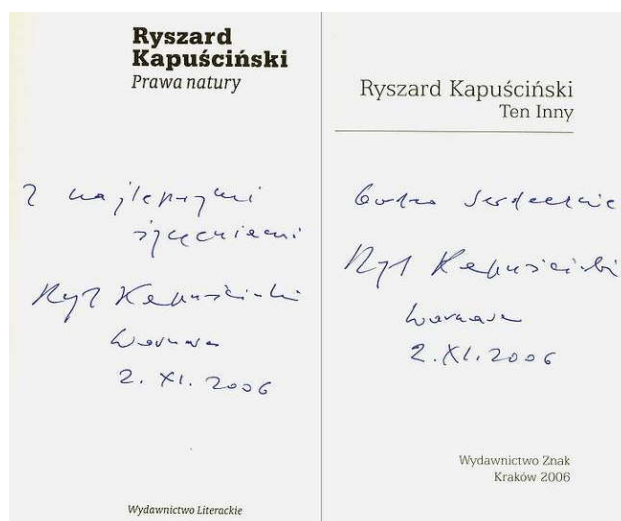
Hoy, nuestro planeta, habitado durante siglos por un puñado de hombres libres e ingentes masas de hombres esclavizados, se va llenando de naciones y comunidades cuyo sentimiento de su propio valor e importancia no cesa de crecer, como tampoco cesa de aumentar su número. Este proceso a menudo transcurre en medio de inmensas dificultades, de conflictos y tragedias que arrojan estremecedores saldos de víctimas.

A lo mejor nos dirigimos hacia un mundo tan nuevo y distinto que las experiencias acumuladas a lo largo de la historia nos resulten insuficientes para comprenderlo y movernos por él sin perder rumbo. En cualquier caso, el mundo en el que entramos se puede calificar de Planeta de la Gran Oportunidad, pero no una oportunidad sin condiciones. Se abrirá sólo a aquellos que ante sus nuevos deberes muestren una actitud seria y responsable, con lo cual también demostrarán que se toman en serio a sí mismos. Es un mundo que tiene mucho que ofrecer pero que, también, plantea muchas exigencias. Moverse por él buscando atajos puede acabar resultando un viaje a ninguna parte.

En este mundo de nuevo cuño, a cada momento nos toparemos con un nuevo Otro, que poco a poco irá emergiendo del caos y la confusión de nuestra contemporaneidad. Es posible que ese Otro nazca de la confluencia de las dos corrientes contrapuestas que influyen decisivamente en la formación de la cultura del mundo contemporáneo: la corriente globalizadora, que uniformiza nuestra realidad, y su contraria, la que preserva nuestros hechos diferenciales, nuestra originalidad e "irrepetibilidad". Es posible que ese Otro sea su fruto y heredero. Debemos intentar comprenderlo, y buscar diálogo con él. Mi experiencia de convivir con Otros, muy remotos, durante largos años me ha enseñado que la buena disposición hacia otro ser humano es esa única base que puede hacer vibrar en él la cuerda de la humanidad.

¿Quién será ese nuevo Otro? ¿Cómo transcurrirá nuestro encuentro? ¿Qué cosas nos diremos? ¿En qué lengua? ¿Sabremos escucharnos? ¿Sabremos entendernos? ¿Sabremos, entre los dos, seguir aquello que - en palabras de Joseph Conrad- "habla de nuestra capacidad de alegría y de admiración, dirígese al sentimiento del misterio que rodea nuestras vidas, a nuestro sentido de la piedad, de la belleza y del dolor, al sentimiento que nos vincula con toda la creación; y a la convicción sutil, pero invencible, de la solidaridad que une la soledad de innumerables corazones: a esa solidaridad en los sueños, en el placer, en la tristeza, en los anhelos, en las ilusiones, en la esperanza y el temor, que relaciona cada hombre con su prójimo y mancomuna toda la humanidad, los muertos con los vivos, y los vivos con aquellos que aún han de nacer"? ()*

(*) El negro del Narcissus, traducción de Ricardo Baeza, Barcelona, Seix Barral, 1985.



INFORMACIÓN
Museos y Exposiciones
Fundación Municipal de Cultura
Ayuntamiento de Valladolid

Tfno.- 983-426246

Fax.- 983-426254

www.info.valladolid.es

exposiciones@fmcva.org